

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

clark carrados

IMPULSIÓN

CLARK CARRADOS

IMPULSIÓN

Ediciones **TORAY**
Arnaldo de Oms, 51-53 — Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 — Buenos AIRES

Depósito Legal: B. 33.229- 1969

Printed in Spain *Impreso en España*

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo PRIMERO

El banquillo de los acusados —cuando menos, aquel banquillo— tenía capacidad para doce personas.

Y, en efecto, había doce personas sentadas en el banquillo.

Ocho hombres y cuatro mujeres. La mayoría eran jóvenes. Ninguno de ellos era viejo. Dos o tres eran de edad madura, pero sin alcanzar el medio siglo.

Las doce vestían de la misma manera: blusa ceñida, de tejido suave y esponjoso, fácilmente acomodable a la anatomía personal, y pantalones ajustados, y todo el conjunto era de un color gris nada agradable a la vista.

En el lado izquierdo del pecho, cada acusado tenía una serie de letras y números, grabados en una tira de tela blanca. Era su cifra de identificación penitenciaria.

Los hombres llevaban el pelo cortado casi al rape. Las mujeres lo tenían como el de un muchacho. Ninguna de ellas iba pintada o maquillada; todos los rostros femeninos carecían del menor retoque de tocador.

Las caras de los acusados expresaban la gravedad del momento. Todos sabían que iban a ser juzgados.

Y condenados.

Ninguno de ellos confiaba no ya en la absolución, sino ni siquiera en una sentencia benévola. No obstante, ninguno habría sabido predecir, en aquellos momentos, qué clase de condena iba a recibir por sus delitos.

La tensión flotaba en el ambiente de la sala de justicia. De un momento a otro, haría acto de presencia el tribunal que juzgaría a

los acusados.

La sala de justicia, por otra parte, tenía una construcción harto original. Era algo más ancha que larga y estaba dividida en tres compartimientos por dos muros de cristal totalmente transparentes, de las dimensiones de la sección transversal del local.

A espaldas de los condenados y separados de éstos por uno de los muros de vidrio, había seis guardias, armados con pistolas eléctricas. Delante de ellos, y al otro lado del segundo muro de vidrio, estaba la mesa del tribunal y los sillones que ocuparían los jueces.

Ninguno de los condenados hablaba. Todos se sentían más o menos nerviosos, pero, en general, rehuían hasta el intercambio de una mirada con sus compañeros de desgracia.

Una voz sonó repentinamente a través de un megáfono oculto en la pared:

—¡Atención, acusados! ¡Pónganse en pie!

Los doce ocupantes del banquillo se levantaron. Frente a ellos, al otro lado del muro, se abrió una puerta.

Entraron seis personas. Todos hombres.

Tres llevaban insignias de general del Cuerpo Astronáutico. Otro era coronel. Los dos restantes eran simples capitanes.

Los generales ocuparon sus puestos tras la mesa. El coronel se situó a la izquierda del tribunal. Los capitanes, detrás y a ambos lados, en pie.

El coronel llevaba una carpeta en las manos. Se situó en el ángulo izquierdo de la mesa, abrió la carpeta y sacó unas hojas de papel.

—¡Atención, atención! —dijo con voz campanuda—. El Alto Tribunal Planetario de Astronáutica se ha reunido aquí para juzgar a ocho hombres y cuatro mujeres, acusados de los delitos que se especificarán en su momento. —los jueces se sentaron y el coronel secretario ordenó—: Siéntense los acusados.

El coronel siguió:

—El tribunal está constituido por los generales Masterson, Danovitch y Abdul—Khamer. Como secretario actúa el coronel Graveau. Los acusados son... —hizo una corta pausa y ordenó—: Levántense a medida que se pronuncien sus nombres.

Los rostros de los jueces permanecían pétreos, impasibles.

Graveau recitó:

—Heidi Ytzmann, Gopher Kalami, Ben Raffrex, Stella Sanders, Jess Tuckerland, Bonnie Emlane, Rado Karnec, Frad Willings, Mortimer Carleton, Indok Hramgar, Luisa Benátez y Manuel Benátez. Si alguno de los acusados tuviera algo que alegar a causa de una supuesta deficiente pronunciación de su nombre, que levante el brazo y se atenderá su demanda.

Los brazos permanecieron quietos.

Graveau volvió a hablar.

—Antes de seguir adelante, diré a los acusados que sólo ellos y los miembros del Tribunal y sus ayudantes oirán lo que se va a decir en esta sala de justicia. Los guardias de custodia verán, pero no oirán. Cuando algún acusado tenga algo que alegar, podrá hablar normalmente, en la seguridad de que sus palabras serán escuchadas.

Un brazo se levantó repentinamente.

Pertenecía a un hombre joven, de aspecto enérgico, robusto, pelo oscuro y ojos vivaces.

—Protesto —dijo.

Los jueces parecían de piedra. Graveau miró al interesado.

—Exprese su protesta, Ben Raffrex —ordenó.

—Es un juicio, conforme. Soy un delincuente, de acuerdo. Pero ¿dónde está mi defensor?

Pareció como si Graveau sonriera burlonamente.

—¿Su defensor? ¿Prefiere este juicio a uno ordinario, como prescriben las leyes, con todos los requisitos y formulismos legales... y una sentencia de por vida en las minas de níquel de Júpiter?

—¿Está probado mi delito? —preguntó Raffrex.

—Suficientemente —contestó Graveau—. Como los de todos los acusados...

—Pero ¿por qué se nos somete a esta clase de juicio, secreto y sin abogados defensores ni relatores que levanten actas de su desarrollo y sentencia?

La autora de la pregunta era una mujer.

Rubia, ojos grises, buena estatura y formas rotundas. Contaba unos veinticinco o veintiséis años y parecía poseer una gran inteligencia.

—Doctora Sanders —respondió Graveau—, el Alto Tribunal Planetario de Astronáutica acordó que el juicio tuviera este carácter

por dos razones: el secreto que ha de rodear a las sentencias que se les van a imponer y la personalidad de cada uno de los acusados, persona hábil y competente dentro de la especialidad científica a que se dedicaba antes de delinquir.

—¿Sentencia secreta? —preguntó Indok Hramger, hombre de cuarenta y cinco años, tez muy morena y nariz aquilina.

—Sí —confirmó Graveau—: sentencia secreta.

—Eso significa que el juicio es una parodia —dijo Raffrex despectivamente—. Antes de ser juzgados, ya estábamos sentenciados. Si no fuese porque, delincuentes o no —y todavía no se han probado sus delitos—, hay damas presentes, diría cuatro frases gordas acerca del tribunal, sus componentes y sus antepasados... si los conocieron.

—¡Silencio! —gritó el presidente Danovitch, rojo de ira.

Algunos de los acusados reían sonoramente.

—Bravo, Raffrex.

—¿Por qué no dice lo que piensa, Raffrex? —exclamó Bonnie Emlane—. ¿Teme que me ruborice si suelta cuatro palabrotas?

Raffrex miró a Bonnie. Era de unos treinta años, formas opulentas y mirada descarada. Resultaba fácil adivinar la «profesión» que había ejercido antes de ser detenida.

—Por fortuna —dijo Gopher Kalami—, el cristal nos aísla del tribunal; así no percibimos el olor a pocilga.

—¡Basta, basta! —clamó Graveau.

—Canallas —masculló Rado Karnec.

—Serpientes de uniforme —les apostrofó Carleton.

—Bestias repugnantes —dijo Manuel Benátez, con los puños crispados y los ojos centelleantes por la ira que sentía.

—¡Silencio! —gritó Graveau una vez más—. Voy a proceder a la lectura de la sentencia, ahorrándoles como un favor la enumeración de sus delitos personales, pues todos ustedes los conocen individualmente. Presten atención, por favor.

El pequeño tumulto se había acallado.

Graveau recorrió con la vista los doce rostros que tenía ante sí. Después de unos instantes de silencio, dijo:

—La sentencia dictada por el Alto Tribunal Planetario de Astronáutica consiste en una prueba de la nave movida por el sistema de impulsión Karlovy. No se les fijará tiempo para la

prueba, pero si regresan vivos, se les considerará libres y rehabilitados.

* * *

Al oír aquellas palabras, Ben Raffrex se aterró.

—¡La impulsión Karlovy! —exclamó, sin poder contenerse.

—¿Qué es eso? —preguntó Stella Sanders, llena de curiosidad.

—Sí, ¿qué es eso? —inquirió Luisa Benátez, igualmente ávida de saber.

Raffrex se pasó una mano por la cara.

—El sistema mejor de quitarse a doce personas de delante, aunque no el más barato —contestó.

—Eso no aclara nada —gruñó Frad Willings.

Raffrex señaló hacia el secretario.

—Creo que él nos lo dirá ahora —murmuró.

Graveau habló una vez más:

—Todos ustedes, acusados, son personas de inteligencia y cultura. Por tanto saben que si bien, a mediados de este siglo XXI hemos conseguido llegar holgadamente a los confines del Sistema Solar, si bien es cierto que hemos instalado numerosísimas colonias en los distintos planetas de nuestro sistema, no es menos cierto que éste se nos está quedando pequeño… y que tenemos la obligación de ampliar el ámbito donde pueda moverse el ser humano.

»Desde hace años se vienen ensayando distintos métodos para viajar más allá de los límites del Sistema Solar. Todos, hasta ahora, han fracasado rotundamente. El mejor de los sistemas es el del profesor Karlovy…

—¿Cómo sabe que fracasaron? —preguntó Karnec.

—Se sabe, eso es todo —contestó Graveau, sin entrar en más detalles.

—¿Y van a probar de nuevo con nosotros? —inquirió Luisa Benátez.

—Sí.

—¿Cómo? —quiso saber Hramgar.

—Embarcándolos en una nave construida según planos de Karlovy y enviándoles a explorar el espacio ultrasolar.

—¿Y si fallamos? —preguntó Stella.

Graveau se encogió de hombros.

—Opino que todos prefieren correr ese riesgo al de ir a parar de por vida a una mina jupiteriana —contestó.

—A mí no se me ha hecho un juicio regular —protestó Kalami —. Qué pasaría si resultase absuelto, ¿eh?

Graveau dirigió a Kalami una penetrante mirada.

—¿Se cree inocente del doble asesinato que cometió ante, por lo menos, dos docenas de testigos?

Kalami calló, abrumado.

—Será mejor que nos dejemos de detalles estúpidos —rezongó Raffrex—. ¿Cómo se sabe que ese trasto funcionará?

—Los motores de impulsión superestelar han sido construidos bajo la supervisión personal del profesor Karlovy, eliminando deficiencias de los anteriores y mejorándolos bajo todos los aspectos. Karlovy tiene fundadas esperanzas en su perfecto funcionamiento.

—¿Y quién mandará la nave? Mejor dicho, ¿quién la pilotará? —quiso saber Raffrex.

Graveau sonrió.

—La pregunta sobra, ex capitán Raffrex —contestó.

El joven enrojeció. Stella le miró con interés.

—¿Era usted piloto de astronave? —le preguntó.

Raffrex asintió en silencio. De pronto, se le ocurrió que tenía algo que decir.

—Coronel Graveau, si Karlovy, como usted asegura, tiene esperanzas de que funcionen sus motores de impulsión superestelar, ¿cómo se enterará de que, efectivamente, funcionan, y son capaces de llevarnos más allá del espacio ultrasolar y, consecuentemente, devolvernos un día a la Tierra?

—La pregunta está muy puesta en razón —dijo el secretario—. En cuanto al informe del funcionamiento de los motores, el propio Karlovy lo recibirá de un modo directo y personal.

Raffrex rumió unos instantes el sentido de aquella respuesta.

Al fin, creyó comprender. Respingó.

—¿Quiere decir —exclamó—, que Karlovy va a venir con nosotros?

Hubo un movimiento general de asombro al ser pronunciadas aquellas palabras. Todos miraban a Graveau, cuya cabeza se movía

repetidas veces arriba y abajo, en sentido claramente afirmativo.

—En efecto, Karlovy viajará con ustedes —confirmó Graveau—. Y correrá los mismos riesgos que cualquiera de ustedes.

—Siendo así… —murmuró Carleton.

—A mí lo mismo me da —rezongó Manuel Benátez—. Total, no vamos a volver más aquí…

—Tampoco nos perdemos gran cosa —murmuró Heidi Ytzmann, blanca, muy pálida, casi etérea—. Nuestro planeta está cada día más inhabitable.

— A mí me gustaría hablar con Karlovy antes —expresó Raffrex.

—Lo siento —contestó Graveau—. Tiempo tendrá de conversar con él. Ahora serán conducidos a una sala contigua, donde se les dará de comer y beber y en la que aguardarán el momento de ser trasladados a la nave del profesor Karlovy.

—La última pregunta —dijo Willings—. ¿Cuál es el nombre de la nave?

—Un nombre muy apropiado —repuso Graveau, sonriendo maliciosamente—. «Caronte».

Capítulo II

—«Caronte» —repitió Raffrex, mientras alargaba la mano hacia una bandeja repleta de bocadillos—. Ese es el nombre del barquero mitológico que conducía a los difuntos a través de la laguna Estigia hasta los dominios de Plutón.

—Al infierno, vamos —dijo Karnec.

—Ahí es a donde vamos a ir todos —masculló Benátez.

—Pero ¿todos somos asesinos? —exclamó Jess Tuckerland.

—¿A quién ha matado usted? —le preguntó Luisa Benátez.

—A nadie —gruñó Tuckerland—. Lo único que hice fue… Bueno, ¿y a quién diablos le importa lo que hice?

Raffrex miró disimuladamente a la pareja. Tuckerland contaba unos cuarenta años y era bien parecido, aunque ya ostentaba algunas hebras blancas en las sienes. Luisa era muy morena, guapa, bien conformada, y aparentaba unos treinta y dos años. Su hermano era algo más joven.

Heidi Ytzmann permanecía sentada en un lado de la sala, inmóvil, silenciosa, ajena al relativo bullicio que reinaba en la estancia.

Raffrex se acercó a ella.

—¿No quiere usted comer? —preguntó.

Heidi movió la cabeza.

—Gracias, pero no tengo ganas —contestó, con voz apenas audible.

—Quedarse en ayunas no mejorará su situación —aconsejó Raffrex.

—En estos momentos, me resultaría imposible pasar un solo bocado. Gracias de nuevo, capitán.

—Ya no lo soy, señorita Ytzmann —sonrió él.

—Pilotará la nave, recuérdelo. Y, por favor, aunque puede llamarme por mi nombre, soy señora.

—¿Casada?

—Viuda.

Raffrex parpadeó.

—¡Caramba! Nadie lo diría, Heidi. Tan joven…

—Veintitrés años, capitán.

—Lo siento por usted.

—¿Por qué? Comparado con lo que me esperaba en Júpiter, comparado con lo que padecí aquí, el viaje a donde sea resultará una delicia —Heidi sonrió tristemente. y añadió—: Soy viuda porque maté a mi esposo.

Raffrex se quedó anonadado al escuchar aquella confesión. Heidi volvió a emitir una triste sonrisa.

—Yo ya he pasado mi infierno particular en la Tierra, así que poco me asusto de lo que pueda sucederme en este viaje —dijo la joven—. En este mundo, todos nos equivocamos a veces y yo me equivoqué en el matrimonio, eso es todo.

—Pero ¿era una equivocación que se debía saldar con la muerte de un ser humano?

—La desesperación, muchas veces, impulsa a una persona a cometer actos desesperados.

Raffrex asintió. El sentido de la respuesta de la bella Heidi Ytzmann era fácilmente comprensible.

De pronto, sonó una exclamación:

—¡Hombre, pero si tenemos cuarto de baño y todo!

Raffrex se volvió. Willings había abierto una puerta lateral y miraba hacia el interior.

—Un cuarto de baño —repitió—. Y con una hermosa ventana sin rejas para darme el bote de aquí. Adiós, amigos; la «Caronte» se queda sin uno de sus pasajeros.

Willings corrió hacia la ventana del baño antes de que ninguno de los presentes pudiera detenerle. La abrió y sacó medio cuerpo fuera.

Inmediatamente, una mano armada con una porra le golpeó en la nuca. Willings lanzó un rugido y empezó a caer hacia atrás. La porra le golpeó entonces en plena boca, derribándole de espaldas,

escupiendo sangre y dientes.

Carleton soltó una risita.

—¿Hay algún dentista entre los presentes? —preguntó.

Bonnie Emlane corrió en ayuda del frustrado fugitivo, secundándole Luisa Benátez. Raffrex meneó la cabeza y llenó un vaso de leche, sirviéndose de una gran jarra que había sobre la mesa.

—Era de tontos creer que nos tendrían sin vigilancia —comentó.

—Pero cuando despeguemos, no llevaremos guardias en la «Caronte» —alegó Stella Sanders.

Raffrex se volvió hacia la muchacha.

—Sí, tiene usted razón. Sin embargo, es obvio suponer que habrán encontrado algún procedimiento, para soslayar la falta de vigilancia.

—¿Se le ocurre a usted cuál pueda ser ese procedimiento?

—No, en absoluto.

Stella tomó un bocadillo de queso. Pensativamente, murmuró:

—Me pregunto por qué nos habrán elegido a nosotros doce y no a otros cualesquiera.

—La respuesta es muy sencilla, señorita Sanders.

—Stella, por favor —rogó la joven.

—Como quiera. Usted es doctora... ¿en medicina?

—Sí —confirmó ella.

—Yo soy piloto de astronave. Kalami es geólogo. Karnec es químico. Hramgar astrónomo... En fin, todos tenemos una profesión digamos de elevada calificación intelectual y científica. En cada uno de nosotros están representadas las especialidades científicas que más se necesitan en un viaje de exploración por un universo todavía desconocido a los mortales.

—Es verdad —concordó Stella—. Sin embargo...

La muchacha calló.

—¿Por qué no sigue? —preguntó él.

Stella se sonrojó un tanto.

—Se trata de Bonnie Emlane. No parece que su profesión sea... sea...

Raffrex comprendió las vacilaciones de Stella.

—Cierto, pero toda expedición debe tener un cronista —respondió—. Y Bonnie, además de ser una brillante escritora, posee

una fértil imaginación.

—¿Cómo? ¿Bonnie... escritora?

—Sí. No hace mucho salió a la luz pública su primer libro. Tuvo un éxito notabilísimo.

—¿Lo ha leído usted? ¿Cómo se titula?

Raffrex sonrió.

—Es un libro sumamente interesante. Su título «Memorias de una chica de farol».

Stella se quedó perpleja.

—No entiendo el significado de ese título —dijo.

—Se refiere a las chicas que esperan bajo un farol. Por la noche, naturalmente.

—¡Oh! —dijo Stella, colorada hasta las orejas.

Raffrex se echó a reír.

—Es un libro desenfadado, atrevidísimo, pero muy bien escrito y con una notable demostración de las dotes de perspicacia de su autora.

—Redactado a base de experiencias propias, supongo.

El joven enseñó las palmas de sus manos.

—¿Podría ser de otro modo? —contestó.

Stella miró hacia Bonnie, la cual, una vez atendido el herido, charlaba desenvueltamente con Carleton.

—A pesar de todo, parece muy simpática —comentó.

—Lo es —confirmó él—, Al menos, según se desprende de lo que se ve y de la lectura de sus «Memorias».

Raffrex tomó un sorbo de leche.

—Ya he calmado el apetito —dijo—. Ahora sólo falta esperar una cosa, Stella.

—¿Cuál, Ben? —preguntó la joven.

—Que vengan a buscarnos para llevarnos a la «Caronte».

* * *

La sala estaba cómodamente amueblada. Algunos de los condenados, hastiados de esperar, se habían sentado en divanes y sillones y dormitaban.

Un altavoz sonó de repente:

—¡Atención a todos! Diríjanse, según se les vaya nombrando,

hacia la puerta del fondo. Hay guardias armados; no intenten realizar ningún gesto hostil.

—¡Qué amable ese coronel Graveau! —dijo Benátez burlonamente.

—Ben Raffrex —nombró el altavoz.

El aludido avanzó hacia la puerta. Ésta se abrió automáticamente.

—¡Cuánta amabilidad! —comentó alguien con sarcasmo.

Detrás de Raffrex avanzó otro de los condenados, al ser pronunciado su nombre. Sucesivamente, todos los demás, apenas aludidos, se encaminaban hacia la puerta por la que ya había salido el primero.

Raffrex cruzó el umbral y se encontró en un túnel de pequeña sección, pero holgado, no obstante, para contener a dos personas al mismo tiempo. Estaba bien iluminado y el suelo era deslizante.

La longitud del túnel era de unos cincuenta metros. Raffrex se preguntó dónde podrían estar los guardias mencionados, ya que no se veía a ninguno en cuanto alcanzaba su vista.

Al llegar al final del túnel, vio que se descorría lateralmente la pared del fondo. Saltó de la acera deslizante al suelo normal y se encontró casi de repente en una gran cámara de techo ligeramente abovedado, decorada de la forma más extraña que Raffrex había visto jamás.

Delante de él se extendían doce mesas que más parecían lechos destinados al descanso, sostenidas por sendos pedestales de forma cilíndrica y de un grosor cercano al metro. Cada mesa estaba provista de una cubierta semicilíndrica, transparente, que en aquellos momentos estaba echada a un lado, y unida a uno de los bordes del extraño artefacto por medio de unas bisagras que la permitían girar en forma conveniente.

—Capitán Raffrex, tiéndase sobre la mesa que lleva su nombre —ordenó el altavoz.

El joven buscó con la vista el rótulo con su nombre. Estaba en el extremo derecho de la hilera, según la posición que ocupaba en el momento de entrar en la cámara.

Era imposible resistirse a la orden.

Delante de cada uno de aquellos extraños aparatos había un guardia armado. Graveau no había mentido, por tanto, pensó

Raffrex.

Se tendió sobre la mesa, pero antes levantó la mano. Estaba seguro de que era observado desde algún punto por el coronel Graveau.

—Sé que quiere preguntar algo —sonó la voz—. Espere a que cada uno de sus compañeros ocupe su lugar.

Raffrex bajó la mano. Sucesivamente, cada uno de los condenados fue tendiéndose sobre el lecho.

Entonces, simultáneamente, las doce cubiertas se cerraron, dejando aislados a los reos.

Pero no estaban aislados por completo. Una vez más se oyó la voz de Graveau:

—Estarán preguntándose, sin duda, por el motivo de ésta, en apariencia, extraña operación. No lo es si se piensa en el viaje que van a realizar en una nave cuyas características desconocen todos ustedes. Ahora bien, como cada uno de ustedes ha de desempeñar un puesto a bordo, es preciso instruirlo debidamente en sus funciones. Esto se va a realizar por medio de la hipnopedia o enseñanza durante el sueño. ¿Aclaradas sus dudas, capitán Raffrex?

El joven hizo un leve signo de asentimiento.

«Lo mismo que durante el juicio —pensó—. Los guardias no tienen que saber qué están haciendo con nosotros. Cada cámara hipnopédica lleva su altavoz individual.»

Pero quería saber algo.

—¿Cuánto tiempo durará este entrenamiento por medio de la hipnopedia, coronel? —preguntó.

—El necesario para que cada uno de los tripulantes de la «Caronte» quede impuesto de sus obligaciones —contestó de forma evasiva el que parecía ser director de la operación.

Y casi en el mismo momento, Raffrex oyó un tenue silbido bajo su cámara transparente.

Un olor algo dulzón hirió su olfato. «Gas narcótico», pensó.

Empezó a sentir sueño a los pocos momentos. Ni siquiera se dio cuenta del instante en que se dormía.

Todos los demás se durmieron al mismo tiempo que él.

Apenas un minuto más tarde, en cada una de las cámaras, empezó a oírse una voz suave, lenta, parsimoniosa, grabada en una cinta individual. La voz detalló primero las principales

características de la «Caronte» y luego pasó a dar instrucciones acerca del papel que cada uno de los tripulantes había de desempeñar en la nave y mientras durase el viaje, así como lo que debía hacer en los períodos propiamente exploratorios en otros mundos situados en distintos sistemas estelares.

Cuando la cinta hubo agotado sus instrucciones, un mecanismo automático la rebobinó y la voz se oyó de nuevo desde el principio. Así, muchas, innumerables veces, hasta que el subconsciente de cada condenado hubo asimilado a la perfección el papel que le tocaba desempeñar en el viaje.

Capítulo III

Raffrex abrió los ojos. Casi en el mismo instante, la cubierta transparente giró a un lado.

—Pueden levantarse —dijo Graveau—. Se notarán un poco débiles; no es grave. Sólo es la consecuencia de una alimentación intravenosa que si bien ha resultado suficiente para mantenerles vivos, no es nunca tan rica como la alimentación natural. Vuelvan a la sala que ya conocen; la mesa está puesta.

—¿Cuánto tiempo hemos estado dormidos? —preguntó Raffrex.

Graveau no contestó.

Raffrex hizo una mueca y se sentó en la cama. Luego giró a un lado y puso los pies en el suelo.

Sí, estaba débil, pero podía mantenerse erguido. Con cierta torpeza, caminó hacia el túnel, que ya estaba abierto.

Momentos después, se hallaba en la sala. Los demás fueron entrando uno a uno.

Stella Sanders se sintió ligeramente mareada y hubo de sentarse en un sillón. Raffrex le llevó un plato con bocadillos y un vaso de leche.

—Coma —aconsejó—. Le sentará bien.

Ella le dirigió una mirada de gratitud. Con la boca llena, alguien dijo:

—Capitán.

Raffrex se volvió.

Era Kalami.

—Soy su segundo. ¿Lo sabía usted?

—Sí. Me lo dijeron durante el sueño.

—¿Es usted duro mandando una nave?,

Kalami sonreía casi burlonamente.

—Tiempo tendrá de comprobarlo —respondió el joven sin inmutarse.

—Y yo seré observadora y cronista —dijo Bonnie Emlane—. ¿Qué demonios puedo observar yo? Lo segundo, pase, pero lo primero...

—Usted ha observado a los hombres mucho tiempo —dijo Karnec con ironía—. Ahora le toca observar a las estrellas.

—No tema, Bonnie —sonrió Raffrex—, Cuando llegue el momento, usted desempeñará su papel competentemente.

Carleton bebió medio vaso de leche.

—De mí le diré una cosa, capitán —se limpió los labios con una servilleta de papel—. En cuanto pueda, desertaré.

—¿Aquí?

—Si puede ser aquí, aquí. Y si no, donde sea. ¡A mí me importa un rábano el sistema de impulsión Karlovy!

—Puede que yo haga también lo mismo —murmuró Benátez.

—Y quizá yo les imite —dijo la tímida Heidi Ytzmann.

Aquella en apariencia débil mujer había matado a un hombre. Era muy fina y esbelta, pero, probablemente, poseía una fuerza de voluntad superior a la de la mayoría de los presentes.

—Usted no podrá impedirlo, capitán —le desafió Tuckerland.

Raffrex vaciló.

—Dudo mucho de que puedan desertar aquí —contestó.

—Lo haremos donde sea —exclamó Carleton. Stella se acercó a Raffrex. Parecía más animada que unos momentos antes y su rostro había recobrado el color.

—Todos nosotros hemos cometido sendos delitos —dijo—. Estoy segura de que muchos admitimos la justicia de una sentencia, pero no esta condena carente de humanidad.

—Así, pues, ¿está con los desertores en potencia? —preguntó él.

Stella se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que me envían a donde no quiero ir —contestó.

Willings resumió la situación con una frase cáustica:

—Por lo que estoy oyendo, todos nosotros vamos a hacer un viaje al país de «irás y no volverás».

Raffrex asintió íntimamente.

Willings tenía razón.

Iban a ir a... a donde fuera. Dos expediciones habían partido antes que ellos y se habían perdido en el espacio. Por tanto, la frase de Willings era estremecedoramente profética.

* * *

—Van a ser conducidos a la «Caronte» —dijo el invisible Graveau—. Prepárense para salir por la puerta opuesta a la que conduce a la cámara de hipnopedia.

Una puerta se abrió silenciosamente. Raffrex, con naturalidad, rompió la marcha.

El túnel terminaba en un pasadizo de suelo ligeramente ascendente. Raffrex subió por el pasadizo y se encontró en una habitación de forma alargada, con dos bancos situados el uno frente al otro.

Tomó asiento en el extremo opuesto a la entrada. Los demás le imitaron en silencio.

Instantes después, se cerró la puerta de la habitación. Entonces, inopinadamente, la estancia se puso en marcha.

—¡Estamos en un camión! —gritó alguien.

—Exactamente —corroboró la voz del inevitable Graveau—. Están en un camión y son conducidos al astropuerto.

—Como ganado —dijo Bonnie en tono despechado.

—¿Importa eso algo ahora? Somos borregos conducidos al matadero, está más claro que el agua —contestó Karnec amargamente.

Graveau habló una vez más:

—Es de suponer que si encuentran mundos, si no habitados, sí habitables, puedan encontrar comida, animal o vegetal o de ambas clases. Ahora bien, en prevención de posibles escaseces, la «Caronte» está aprovisionada para cinco años. Pero de esto sabe aún más que yo la señora Benátez, intendente general de la expedición. Ella les dará datos en caso necesario, especialmente al capitán Raffrex.

El interior del camión estaba iluminado. Raffrex cambió una mirada con Luisa.

—Si la cinta hipnopédica no me mintió —dijo la bella mujer—,

es cierto que hay agua y comida para doce años. Y ropas de repuesto también, así como material de acampada para caso de que las exploraciones en la superficie de cualquier planeta se prolonguen más de lo esperado.

—¿Y armas? —preguntó Carleton atravesadamente.

Nadie contestó a aquella pregunta.

El único que podría hacerlo era Raffrex.

Durante el sueño, había recibido ciertas instrucciones acerca de determinado compartimiento secreto, cuya clave de apertura conocía él solamente. Por el momento, no se atrevió a declararlo públicamente.

—Tengo una duda —dijo Kalami de repente.

Todos le miraron. El flamante segundo de a bordo continuó:

—Vamos a viajar durante cinco años, lo que representa un total de mil ochocientos veinticinco días. Como mínimo, vamos a necesitar dos litros de agua diarios. Eso representa...

—Cuarenta y cuatro mil litros, en números redondos —dijo Tuckerland.

—Es decir, cuarenta y cuatro metros cúbicos. ¿Hay en la nave algún tanque capaz de contener semejante cantidad de agua?

—Hay un tanque con veinte mil litros —anunció Luisa—. Aparte de ello, hay también tubos que contienen hidrógeno y oxígeno a elevada presión con los que, en un momento determinado, se puede fabricar agua.

—No está mal —murmuró Tuckerland aprobatoriamente.

—Y respecto a la comida, por los informes que yo tengo, no hay motivos para sentir la menor preocupación —concluyó Luisa.

Todo estaba previsto, pensó Raffrex. Nada podía fallar... salvo la nave, como había fallado ya en dos ocasiones anteriores. Cuando menos, el sistema de impulsión ideado por Karlovy.

* * *

El camión se detuvo de pronto.

—Salten —dijo Graveau.

La puerta posterior se abrió. La rampa de descenso se tendió automáticamente.

Raffrex se dio cuenta de que era de noche. Desde la trasera del

camión contempló boquiabierto la enorme astronave que descansaba sobre el suelo encementado, apoyada sobre cuatro cortas y sólidas patas rematadas en sendas superficies circulares, ligeramente convexas.

Grandes reflectores iluminaban la nave. Era de forma cilíndrica, alargada, sin alas ni protuberancias externas, ni timones ni aletas correctoras de rumbo. Su diámetro era de unos nueve metros y su longitud total superaba los setenta.

Había numerosas ventanillas por todas partes, la mayoría de forma circular, salvo en los extremos, donde eran rectangulares. Una doble hilera de guardias armados cubría el corto trecho que había del camión a la astronave.

Raffrex abandonó el camión y se dirigió hacia la escotilla situada en la parte inferior. La nave abrumaba con su mole.

Los demás le siguieron en el acto. Por las descripciones que le habían sido hechas en sueños, Raffrex conocía a la perfección la distribución interna de la «Caronte».

Además, estaba seguro de haber visto proyecciones gráficas del interior del aparato. Con toda seguridad, aquellas proyecciones gráficas habían formado parte de su entrenamiento.

La escotilla se hallaba en el vientre y se ascendía por medio de una escalerilla de peldaños metálicos. Raffrex ascendió sin vacilar, pasó a una plataforma, subió por una escalera de caracol y llegó a una estancia de la que arrancaban varios pasillos laterales.

Siguió el que conducía a la proa. En pocos instantes, se halló en la cabina de mando.

Era grande, espaciosa, con amplios ventanales que permitían una fácil visión del panorama circundante. Había varios sillones cómodos situados en dos planos de ligera diferencia de nivel. Raffrex ocupó el suyo.

Bonnie se sentó tras él.

—Observadora Emlane en su puesto —anunció.

—Gracias, Bonnie —dijo Raffrex.

Una voz sonó a través de los altoparlantes interiores:

—Doctora Sanders, en su puesto.

—Enterado, doctora.

—Intendente Luisa Benátez, en su puesto.

—Ingeniero Tuckerland, en su puesto.

Kalami se sentó a la izquierda de Raffrex.

—Estoy aquí, capitán —dijo negligentemente.

Todos los demás anunciaron de igual manera hallarse en sus lugares correspondientes. Raffrex examinó rápidamente el tablero de instrumentos.

En el fondo de la nave se oyó de pronto un seco chasquido.

—Escotilla cerrada, capitán —dijo Graveau, a través de la radio —. Puede zarpar cuando quiera; ya conoce el rumbo. ¡Buen viaje a todos!

—Le enviaremos una postal turística desde Andrómeda —exclamó Kalami mordazmente.

—Posición de ascenso, señor Kalami —ordenó Raffrex.

Kalami se puso una mano en la boca y fingió ahogar un bostezo.

—Capitán, estoy aquí a la fuerza —manifestó—, pero que me ahorquen si pienso mover un solo dedo para emprender el viaje.

Capítulo IV

Era el primer síntoma de una rebelión que podía dar al traste con el viaje tan meticulosamente organizado.

Había cuatro o cinco personas en la cabina de mando, quienes, por su especialidad, debían hallarse en aquel lugar. Además de Raffrex y su segundo, estaban Bonnie, como observadora y cronista, Heidi, a cargo de la calculadora general y Tuckerland como ingeniero jefe.

—Le he dado una orden, señor Kalami —dijo Raffrex, procurando mantener la calma.

Kalami se contempló las uñas de la mano. Raffrex comprendió que debía zanjar en el acto todo conato de indisciplina.

Se puso en pie.

—Levántese, señor Kalami —ordenó.

El segundo continuó con su actitud desdeñosa. Entonces, repentinamente, Raffrex cayó sobre Kalami, le agarró por el cuello de su blusa y lo incorporó a viva fuerza.

Kalami correspondió con un canallesco codazo que hizo curvarse al joven, con una expresión de agonía en los labios. Kalami sonrió, mientras se disponía a asestar un golpe en la nuca de Raffrex.

Entonces sintió que una mano le tocaba en el hombro.

—Eh, guapetón.

Kalami se volvió. Dos dedos buscaron sus ojos. Ambos dedos estaban terminados en sendas uñas, muy puntiagudas.

El segundo se echó para atrás, empavorecido por el inesperado ataque de Bonnie Emlane. Aquello fue suficiente para que Raffrex se recobrase y pasara al contraataque.

Dos golpes, derecha e izquierda, castigaron duramente los

costados de Kalami. El tercero, un fenomenal derechazo, lo tumbó en el acto.

—Gracias, Bonnie —dijo Raffrex, cuando vio a su segundo caído en el suelo.

Bonnie ocupó de nuevo su sillón.

—Me gusta la formalidad en su momento —contestó.

Kalami se sentó en el suelo, tanteándose la mandíbula.

—Usted está aquí como mi segundo, pero puedo despegar perfectamente sin su ayuda —dijo Raffrex—. Como castigo a su insubordinación, permanecerá ocho días encerrado en su cámara. ¡Levántese!

Kalami obedeció, mascullando mil imprecaciones. Raffrex conocía perfectamente el camarote que debía ocupar cada uno de sus tripulantes y lo empujó hasta el que le correspondía.

Cerró con llave y se la guardó en el bolsillo. Luego regresó a la cabina de mando.

Graveau llamó por la radio en aquel momento.

—Capitán, ¿qué sucede? ¿Por qué tardan tanto en despegar?

Raffrex hizo una mueca amarga.

—¿Qué diablos quiere que pase? —contestó—. Es una tripulación reclutada a la fuerza y mi autoridad es apenas nominal. Por tanto, no le extrañe que se haya producido ya el primer motín.

—¿Lo ha sofocado usted?

—Por supuesto.

—Entonces, ¡despegue!

—Sí, coronel, ¡y ojalá reviente usted y cuantos tuvieran la malhadada idea de confiarnos esta misión sin retorno!

—Bien dicho —aprobó Bonnie.

—La calculadora señala condiciones óptimas para el despegue —anunció Heidi.

Raffrex asintió. Su dedo índice se posó sobre el primero de la serie de botones que debía pulsar para conseguir que la nave se levantase del suelo.

En el momento en que cesó el contacto con la superficie, Bonnie, resumiendo el sentir general, dijo:

—¡Adiós, Tierra! ¡Eres un planeta magnífico, pero algunos tipos lo hacen inhabitable!

* * *

—Todo marcha bien —anunció Heidi.

Raffrex fijó su mirada en la bella joven. Parecía imposible que una muchacha tan sensitiva y delicada pudiera comprender los complicados instrumentos que tenía frente a sí.

—Tensiones normales en los propulsores subatmosféricos —informó Tuckerland.

La Tierra, sin embargo, estaba ya a varios miles de kilómetros de distancia. Las agujas marcadoras de velocidad señalaban cada vez cifras más altas.

Bonnie tenía un micrófono cerca de los labios.

—Habla Bonnie Emlane, observadora y cronista de la «Caronte». A las 0127 el capitán Raffrex dio orden de despegue. El segundo Kalami se negó a colaborar en las operaciones de despegue. El capitán Raffrex se vio obligado a sofocar la desobediencia, confinando al segundo ocho días en su camarote. Son las 0220. Estamos a nueve mil doscientos kilómetros de la Tierra. La velocidad es de dieciséis mil kilómetros a la hora, acelerando a razón de cien kilómetros al quinto de segundo. Terminada la primera grabación.

—Usted entiende el manejo de la calculadora, Heidi —dijo Raffrex—. Pero no se lo habrían enseñado durante el sueño, de no contar con una base científica que les permitiera asignarle el puesto.

—Terminé el doctorado electrónico hace dos años. A los seis meses, cometí la estupidez de casarme —explicó Heidi con amargura.

—Los hombres —dijo Bonnie despreciativamente—. Yo los conozco muy bien, muchacha. No pases pena por aquel forajido al que tuviste que rebanar el pescuezo.

—¡Por favor! —dijo Heidi crispadamente.

—Bonnie, cállese —aconsejó Raffrex en tono severo.

—Lo siento —dijo la mujer, aunque no parecía sincera.,

Una voz sonó en aquel momento.

—Capitán, habla la doctora Sanders. ¿Puede venir un momento a la enfermería?

Raffrex consultó los instrumentos. Todo estaba en orden. La

máquina era tan perfecta, que a menos de dos mil kilómetros de la Tierra había podido conectar ya el piloto automático.

—Iré en el acto, doctora —contestó.

—Yo vigilaré los instrumentos —se ofreció Tuckerland.

—Gracias, ingeniero.

Raffrex se puso en pie. Momentos después, se hallaba ante una puerta en la que había un círculo blanco, encima del cual había sobreimpresa una cruz roja.

Llamó a la puerta. Stella abrió casi de inmediato.

—Pase usted, capitán —invitó.

Raffrex observó que la joven parecía bastante nerviosa.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Stella cerró. Luego se volvió hacia Raffrex, pero no se movió de la puerta, quedando apoyada en la misma, con las manos a la espalda. Raffrex observó que el pecho de la joven subía y bajaba con bastante rapidez.

—Está usted alterada —dijo.

—Tengo motivos para estarlo —respondió Stella—. ¿De cuántos tripulantes se compone la dotación de la nave «Caronte», Ben?

—De doce, por supuesto.

—¿Sí? ¿Qué me dice del profesor Karlovy? Anunciaron que vendría con nosotros. ¿Lo ha visto usted? ¿Ha tenido alguna noticia de su presencia a bordo?

Raffrex se quedó parado.

Absorbido por completo con las operaciones de despegue, había llegado a olvidarse del inventor del sistema de impulsión que movía a la nave con velocidad continuamente creciente.

—¡Diablos! —gruñó—. Es cierto. Ni siquiera me acordaba ya…

Amargamente, Stella dijo:

—Ben, nos han abandonado a nuestra suerte. Puede que consigamos salir con vida de esta expedición, puede que muramos todos, pero si ocurre algún accidente, Karlovy no estará a bordo para aconsejarnos.

—Ha tenido miedo y se quedó en tierra —comentó Raffrex, meneando la cabeza con gesto pesimista.

* * *

Tres días más tarde, Marte se quedó atrás.

El planeta rojo desfiló por delante de las ventanillas de observación con velocidad meteórica. En menos de una hora se agrandó hasta cubrir por completo todo el horizonte visual y una hora más tarde apenas si era una pelota roja que muy pronto desapareció de la vista de los ocupantes de la «Caronte».

Bonnie, con voz impersonal, grabó el paso de la nave por delante del planeta.

—A las 2245, hora Greenwich, y a la velocidad de setecientos cincuenta mil por hora, aumentando a doscientos kilómetros por quinto de segundo —puntualizó su observación.

Raffrex hizo una pregunta a Heidi.

—¿Ha conseguido conectar con el coronel Graveau?

—No, capitán —respondió la muchacha—. Todas las llamadas que he efectuado han resultado inútiles.

—Parece como si en la Tierra quisieran guardar un silencio absoluto acerca de nuestro viaje —observó Tuckerland.

—Y, sin embargo, estoy seguro de que Graveau ha oído todas las llamadas —dijo Raffrex pensativamente.

—Lo que sucede es que no quiere dar explicaciones acerca de la falta de Karlovy —comentó Bonnie desdeñosamente.

Un melodioso «ding-dong» sonó de pronto.

—La mesa está servida —anunció Luisa Benátez por los altavoces.

—Tengo apetito —dijo Bonnie, poniéndose en pie—. ¿Vienes, Heidi?

—Bueno…

—Tienes que comer un poco más, chica —dijo Bonnie con su desgarro habitual—. Tu tipo quedaría mejor con tres o cuatro kilos encima, te lo asegura una experta en la materia.

Tuckerland anunció que se quedaría en la cabina mientras los demás comían. Raffrex asintió y se dirigió al comedor.

La mayoría de los tripulantes estaban allí. Había una especie de buffet, con distintos platos y varias jarras de agua, del cual se servían a su gusto los comensales.

—Intendente Benátez —llamó Hramgar de repente—, ¿es que no hay a bordo otra bebida que agua?

—Tengo vino y licores, en efecto —contestó Luisa, impasible—,

pero los guardo para uso medicinal o para las ocasiones en que el capitán juzgue oportuno distribuir una ración de alcohol.

—¿Y cuándo llegará ese momento? —preguntó Willings.

Raffrex llegó a la mesa con su plato y un vaso lleno de agua.

—No sé —contestó secamente.

El tipo le desagradaba. Había algunos tipos a bordo que le gustaban poco. Hramgar, Carleton, Willings... y, por supuesto, Kalami. Karnec le era indiferente. Los demás, delitos personales aparte, parecían buena gente.

«Delincuentes ocasionales», pensó.

Estaba terminando de comer, cuando Luisa le hizo una observación:

—Capitán, hay que llevar comida al prisionero.

—Yo se la llevaré —se ofreció Willings.

—Gracias, pero no es preciso —denegó Raffrex—. ¿Benátez?

El hermano de Luisa se levantó en el acto.

—Sí, señor —y tomó la llave que le entregaba su superior.

Raffrex se preguntó qué delitos habían podido cometer los dos hermanos. Graveau había dicho que cada uno conocía sus crímenes propios, pero no los había especificado públicamente.

Sólo Heidi había admitido haber matado a su esposo. Los demás...

¿Y él mismo? ¿Consideraba justa su sentencia?

Era preferible no pensar en ello. Debía concentrarse en el futuro, en la incógnita que les esperaba al otro lado de la barrera lumínica, cuando, merced a la impulsión Karlovy hubiesen franqueado el tope de los trescientos mil kilómetros por segundo.

Entonces, si aún vivían, tendrían que luchar por sobrevivir cada día, cada hora, cada minuto.

Stella se sentó de pronto a su lado.

—¿Preocupado, capitán?

—Un poco —admitió él.

—¿A causa de Karlovy?

—Y de muchas otras cosas, además de la falta de Karlovy.

—¿Por ejemplo...?

—Lo que va a suceder cuando rebasemos la velocidad de trescientos mil kilómetros al segundo.

Stella se estremeció.

—¿Sobreviviremos? —musitó.

—Se lo diré dentro de tres días, exactamente el séptimo a contar desde la partida y a las quince horas dieciséis minutos, horario de Greenwich —contestó él.

—No quiere comprometerse, ¿eh?

Raffrex movió la cabeza con gesto solemne.

—No, Stella —contestó—. No quiero comprometerme a dar una respuesta que yo mismo desconozco. Esa respuesta se halla de nosotros a unas setenta y siete horas de distancia y entonces conoceremos qué pasa cuando se supera la velocidad de la luz.

Capítulo V

Eran las once de la noche según el horario de a bordo, que se establecía rígidamente de acuerdo con el de la Tierra. Raffrex tenía sueño.

Benátez mantendría la guardia en la cabina de mando. Cada uno de los tripulantes, hombres o mujeres, por turno, cubría tres horas de guardia nocturna.

Había muchos instrumentos de detección, incomprensibles para algunos profanos. Sin embargo, cada instrumento tenía una lucecita roja de alarma, que se encendería automáticamente apenas algo funcionase mal o se detectase algún peligro en el espacio.

Por tanto, la guardia en la cabina de mando no entrañaba dificultad. Ahogando un bostezo, Raffrex abrió la puerta de su camarote y cruzó el umbral.

Apenas había dado un paso, sintió un golpe terrible en el cráneo. Miles de lucecitas empezaron a danzar ante sus ojos.

Las rodillas se le doblaron. Sintió una terrible debilidad, aunque no llegó a perder el sentido por completo.

Unas manos nerviosas le registraron la ropa. Quiso impedirlo, pero un nuevo golpe terminó por quitarle el conocimiento.

Despertó al cabo de unos minutos, sintiéndose enormemente aturdido. Alguien le zarandeaba con fuerza.

—Ben, Ben…

Raffrex trató de abrir los ojos. La luz le dañó las pupilas y tuvo que cerrarlos de nuevo.

Alguien aplicó un paño húmedo a su nuca. Raffrex sintió que el dolor se le alejaba rápidamente.

—Le han atizado a gusto —era la voz inconfundible de Bonnie.

—No entiendo quién ha podido hacerlo —dijo Stella.

Sarcástica, Heidi Ytzmann comentó:

—La verdad es que ninguno de los que estamos a bordo de la «Caronte» somos unos angelitos.

Raffrex consiguió sentarse en el suelo.

—Lo siento —dijo simplemente.

—Pasaba por aquí, vi luz y le encontré caído en el suelo —explicó Bonnie—. Entonces corrí a avisar a la doctora.

—No es grave, sólo una ligera conmoción —manifestó Stella—. ¿Sabe quién le ha golpeado, Ben?

—Ni idea...

Raffrex se acordó de repente de un detalle.

Metió las manos en los bolsillos y rebuscó frenéticamente.

—¡La llave! —exclamó.

—¿Qué llave? —se asombró Stella.

—La del camarote de Kalami. El que me atacó, lo hizo para quitármela...

—¡Demonios! —dijo Bonnie—. Eso significa que quieren amotinarse de nuevo.

Raffrex pensó inmediatamente en el pequeño arsenal que llevaba a bordo. Si era preciso, se dijo, sacaría armas.

Una voz resonó de súbito por los altoparlantes.

—¡Capitán, al puente! —gritó Benátez, tripulante de guardia—. ¡Una señal roja en el cuadro de mandos!

Raffrex se puso en pie de un salto.

Olvidándose de sus dolores, corrió hacia la cabina de mando. Inmediatamente, identificó el origen de la alarma.

—¡Ha sido largado uno de los botes salvavidas! —exclamó.

* * *

—¡Ah! Pero ¿es que tenemos botes salvavidas? —dijo Bonnie, atónita.

—Hay tres —contestó Raffrex—. Se les da ese nombre, aunque, en realidad, son cohetes auxiliares, para alejarse de la nave en caso de peligro invencible. Tienen capacidad para seis personas cada uno y disponen del combustible suficiente para recorrer unas dos docenas de millones de kilómetros. Naturalmente, también están

provistos de agua y víveres...

La luz de la radio se encendió de pronto.

—¡Capitán, alguien llama! —dijo Heidi.

Raffrex dio el contacto.

—Habla Ben Raffrex, comandante de la nave «Caronte» —dijo.

Una sonora carcajada estalló en el altavoz.

—¡Hola, imbécil! ¿Cómo se encuentra? —gritó Kalami.

—Un poco sorprendido, pero no enojado —respondió Raffrex—. Imagino que pedirles que vuelvan a la nave será una pura tontería, señor Kalami.

—Su suposición es exacta, capitán —dijo el aludido alegremente —. Mi amigo Frad Willings y yo nos hemos apoderado de un bote y nos largamos de esa maldita astronave.

—¿Tiene la seguridad de llegar a un punto habitado?

—¿Nos habríamos escapado de no ser así? Escuche, capitán; a dieciséis millones de kilómetros hay un asteroide en el que viven un grupo de mineros del espacio. Allí tengo un buen amigo que me dará cobijo por una larga temporada, ¿comprende?

—Sí, desde luego, señor Kalami. ¿Y después?

—Ya encontraremos una solución. De momento, lo importante era abandonar la nave y eso lo hemos conseguido de sobra, creo yo.

—Con la ayuda de Willings —dijo Raffrex pensativamente—. ¿Fue él quien me golpeó?

—Así es, capitán —admitió el mencionado—. Y no lo siento demasiado, no vaya usted a creer.

—Me lo figuro, señor Willings. Ahora bien, ¿cómo se puso de acuerdo con Kalami para desertar?

—Sencillo —respondió el propio Kalami—. Usted tenía la llave de mi camarote, pero no puso un centinela ante la puerta. Willings vino, tocó con los nudillos, hizo «tic-tic-tic-tac-tac-tacatá...» ¿Comprende?

—Señales Morse —dijo Raffrex.

—¡Qué listo es usted, capitán! Bueno, adiós, ya no hace falta que prolonguemos más esta conversación. ¡Que la «Caronte» les lleve bien al infiern...!

La voz de Kalami se apagó súbitamente. Al mismo tiempo, a una distancia de la nave que ninguno de los presentes hubiera sabido precisar, se encendió un pequeño sol, que obligó a todos a cerrar los

ojos durante algunos segundos.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Stella, asustada.

Tuckerland irrumpió de pronto en la cabina.

—Capitán, he escuchado un diálogo...

Raffrex no contestó por el momento. Tenía las facciones contraídas.

Se imaginaba de sobra lo que había pasado. ¿Error en el manejo? ¿Avería?

Era igual. El bote salvavidas había volado y ahora sus ocupantes no eran sino polvillo microscópico disperso por el espacio.

De pronto, se oyó una voz harto conocida de los presentes.

—Señoras, caballeros, me figuro que han visto ese relámpago que se ha producido delante de la «Caronte» de manera, al parecer, insólita —Graveau carraspeó un poco y continuó—: Simplemente, el cohete salvavidas en que viajaban dos distinguidos desertores ha hecho explosión.

»Confío en que la vista de lo sucedido sea suficiente para disuadir a los demás de nuevas deserciones. Los dos botes que quedan contienen sendas y potentes cargas explosivas, que se activarán automáticamente si alguien los usa dentro del Sistema Solar y a conveniente distancia de la nave, para no dañarla como tampoco a ninguno de sus restantes ocupantes. Eso es todo...

—¡Todo no! —dijo Raffrex rabiosamente—. ¿Qué pasaría si ahora, por cualquier causa, tuviéramos auténtica necesidad de emplear los botes salvavidas?

—Esa contingencia no se dará en absoluto dentro de los límites del Sistema Solar —contestó Graveau con glacial acento.

—¿Y si eso ocurre en otros puntos del universo? —quiso saber Stella.

—Las espoletas de las bombas se desarmarán automáticamente a veinte mil millones de distancia de Plutón, último planeta de nuestro sistema. Pero no se hagan ilusiones; cuando hayan alcanzado esa cifra, ya no podrán regresar al planeta... hasta que hayan cumplido su misión. Señoras, caballeros, ha sido un placer.

Hubo un profundo silencio después de la última parrafada de Graveau. Sin pronunciar una palabra, Bonnie Emlane caminó unos pasos, se sentó en su sillón, presionó una tecla y acercó el micrófono a sus labios.

—Día cuarto, después de la partida, hora 2340 —habló impersonalmente—. El capitán es atacado por Frad Willings, quien le quita la llave de la puerta del camarote del segundo de a bordo. Willings y Kalami se escapan con un cohete salvavidas, manifestando su intención de esconderse en un asteroide cuyo nombre no han revelado. A las 0033, el cohete estalla, muriendo sus ocupantes, a causa de una carga explosiva colocada de antemano. Imposible abandonar la «Caronte» dentro de los límites del Sistema Solar. Fin de la grabación a las 0039.

Bonnie dejó el micrófono y paró la grabadora. Luego paseó su mirada por las caras de todos los presentes.

—Amigos —dijo—, no es para estar tan tristes. Tengo la sensación de que la «Caronte» huele mucho mejor después de que esos dos picaros nos dejaron. ¿No te parece, Heidi?

Heidi emitió una sonrisa de circunstancias. Stella se dirigió a Raffrex:

—Capitán, le conviene descansar —dijo—. Voy a darle un sedante para que duerma diez horas seguidas.

—Demasiado —refunfuñó el joven.

—Lo necesita, después de los dos golpes recibidos —afirmó Stella tajantemente.

Raffrex se rindió.

—Está bien, doctora; usted gana. Benátez, continúe la guardia.

—Sí, señor —contestó el aludido.

* * *

Una vez más, Bonnie, con una impasibilidad sorprendente en una mujer de la que se suponía había de ser inestable emocionalmente, se llevó el micrófono a los labios y habló:

—Día séptimo, a las 1509. Velocidad de la «Caronte», doscientos ochenta y nueve mil kilómetros por hora, aumentando a cien por quinto de segundo. Acabamos de rebasar la órbita de Plutón. El capitán se dispone a iniciar las operaciones preliminares para poner en funcionamiento los impulsores Karlovy, operación que se realizará, aproximadamente, dentro de seis minutos, cuando hayamos alcanzado los trescientos mil kilómetros al segundo.

Bonnie hizo una pausa y concluyó:

—Ignoro si podré continuar mis crónicas del viaje. En otro caso, si alguien encuentra un día esta nave y hace marchar la grabadora, sabrá puntualmente lo ocurrido desde el momento de su despegue hasta las... —consultó su reloj—. Hasta las 1510 y veinte segundos. ¡Buena suerte a todos!

Inspiró profundamente y se reclinó en su sillón. Entonces, Raffrex llamó:

—¿Doctora?

—Le oigo, capitán.

—¿Conexiones de observación médica?

—Todo en orden, capitán. Temperatura, pulso, respiración, presión arterial... Las grabadoras automáticas registrarán los datos de cada tripulante durante los momentos más críticos del real comienzo del viaje. Estoy delante de los aparatos de observación, pero puede que no me sea factible vigilarlos durante algunos momentos. Por tanto, tendré que estudiar luego los diagramas recogidos gráficamente y, más adelante, le daré mis impresiones al respecto.

—Gracias, doctora. ¿Señor Tuckerland?

—Diga, capitán.

—¿Sus instrumentos?

—Indican la tensión correcta en los impulsores. Tiene usted un margen de diecinueve sobre veintidós para obtener de ellos el máximo de energía.

—Heidi, ¿velocidad?

—Doscientos noventa y cuatro mil doscientos al segundo, aumentando —contestó la aludida—. Alcanzaremos la cota máxima dentro de cuatro minutos, cuarenta y siete segundos y nueve diezmilésimas de segundo.

—Gracias, Heidi. Conecte el dispositivo de disparo automático de los impulsores.

—Conectado, capitán.

Raffrex miró un instante el tablero que tenía delante de sí.

Había una palanca pequeña, pero ancha y gruesa. Aunque el dispositivo de disparo automático del sistema de impulsión Karlovy estaba conectado, su funcionamiento, sin embargo, resultaría imposible mientras él no bajase la palanca.

Un altavoz dijo:

—Cuatro minutos, veinte segundos para la hora cero.
«¿Cuatro minutos de vida?», pensó Raffrex.
Eran suficientes para dirigir unas palabras a la tripulación.

Capítulo VI

—Amigos —dijo Raffrex—, quiero hablarles unos instantes. Dentro de poco, estaremos volando a velocidades superlumínicas. Ignoro, francamente, lo que sucederá apenas hayamos rebasado esa barrera hasta ahora infranqueable.

»Únicamente ruego serenidad a todos los presentes. Perder los nervios no servirá para nada. Un estallido de histeria de cualquiera de nosotros no mejorará nuestra situación. Conserven la calma, se lo suplico.

»Se supone que el tiempo se desarrolla de distinta manera en el interior de una nave que vuela por el espacio a velocidades superiores a los trescientos mil kilómetros por segundo. Quizá volvamos a la Tierra dentro de unos meses o unos años y hayan transcurrido allí un par de siglos. O quizás el tiempo se haya detenido prácticamente en nuestro planeta, mientras para nosotros transcurre normalmente.

»Esto, hasta cierto punto, nos es indiferente. Más me preocupan las consecuencias físicas de una aceleración llevada a límites inconcebibles. No obstante, creo mi deber recordarles que el ser humano es el más duro y correoso, dicho con palabras vulgares, de todos los animales de la Creación.

»Por tanto, opino que sobreviviremos. Incluso tengo la seguridad de que encontraremos planetas, si no habitados, sí habitables. Y, dejando de lado la forma en que fuimos obligados a embarcar, es preciso reconocer que ésta es una hermosa misión. ¡Que Dios bendiga a todos! —concluyó Raffrex su conciso parlamento.

Hubo un momento de silencio. Después, Bonnie, con su desgarro habitual cuando no grababa crónicas del viaje, dijo:

—¡Tiene usted un pico de oro, capitán!

Tuckerland carraspeó. Heidi tenía los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Alguna novedad en los tripulantes? —preguntó Raffrex.

Nadie contestó.

Sólo se oyó la voz del contador de tiempos:

—Cero menos dos minutos, diez segundos.

Las diezmilésimas no se mencionaban. Era una fracción de tiempo demasiado pequeña para poder ser grabada en la cinta de la cuenta atrás.

El silencio dentro de la nave era absoluto. Todavía se veían las estrellas, aunque ya se advertía que la «Caronte» se adentraba en el insondable misterio que había más allá del Sistema Solar.

—Velocidad de la nave, doscientos noventa y siete mil —anunció Heidi.

—Observaciones médicas, normales, con ligeras alteraciones debidas a la tensión emocional del momento, las cuales carecen de importancia —informó Stella desde su puesto.

—Cero menos un minuto cuarenta segundos.

—Velocidad, doscientos noventa y ocho mil cien.

Raffrex se lamió los labios.

El momento tan temido se acercaba.

¿Qué sucedería cuando hubiesen alcanzado la simple velocidad de trescientos mil un kilómetros al segundo?

—Cero menos sesenta segundos.

—Velocidad, doscientos noventa y ocho mil doscientos.

—Relajen sus cuerpos —aconsejó Stella desde su puesto.

—Cincuenta segundos —dijo la voz que contaba el tiempo automáticamente.

—Doscientos noventa y ocho mil setecientos —anunció Heidi.

—Cuarenta segundos.

La tensión era intolerable. Raffrex inspiró profundamente, buscando relajar su cuerpo.

—Treinta segundos.

Su mano izquierda se movió. La palanca bajó.

El dispositivo automático de disparo ya estaba en marcha. Unos segundos más y…

—Veintiséis segundos.

—Doscientos noventa y nueve mil cien kilómetros.

El aumento de velocidad era ahora mucho más lento, cosa lógica dadas las circunstancias.

Los últimos segundos transcurrieron velozmente.

—Once segundos, diez, nueve…

Heidi no decía nada. Sus bellos ojos azules estaban fijos en la esfera marcadora de velocidad.

—Seis, cinco, cuatro, tres... dos... uno... cero...

—¡Trescientos mil kilómetros por segundo!

Se oyó un ligero «click» que parecía proceder de las entrañas de la nave. Las estrellas desaparecieron súbitamente.

Y todos los que estaban a bordo de la «Caronte» perdieron el sentido casi en el acto.

* * *

Raffrex despertó, sintiéndose ligeramente oprimido contra el respaldo del sillón. Notó cierto hormigueo en su piel, pero fuera de esta poco molesta sensación, no captó otra más desagradable o perjudicial.

Tampoco sentía nada raro por haberse desmayado unos momentos. En cambio, se sentía algo más ligero, como si hubiese perdido unos kilos de peso; incluso creyó notar que la sangre circulaba por sus venas con renovada fuerza.

—Estamos vivos —dijo Bonnie jubilosamente.

—¡Doctora! —llamó Raffrex.

—Diga, capitán —contestó Stella desde la enfermería.

—¿Alguna observación anormal?

—No, todo en orden, salvo un ligero incremento en las pulsaciones, un diez por ciento, término medio.

—Hemos perdido el conocimiento. ¿Lo ha perdido usted también?

—Sí, capitán. Yo lo achaco a un ligero «shock» provocado por el cruce de la barrera lumínica. Pero, ¿qué sucede que no veo ninguna estrella? Todo está negro, sin el menor brillo...

Raffrex se echó a reír.

—Si viaja usted más rápido que la luz, es lógico que no vea el resplandor de ninguna estrella. Sólo verá la luz de su cámara y eso porque las lámparas que usted tiene ahí viajan a su misma velocidad.

—Entiendo, capitán. Ahora, si le parece, estudiaré las grabaciones de los aparatos.

—Muy bien, doctora. ¿Tuckerland?

—Impulsoras en orden, funcionando a doce sobre veintidós, señor.

—¿Cuál es el margen de seguridad?

—Treinta sobre veintidós, señor.

—Gracias, Tuckerland. ¿Heidi?

—Un momento, capitán —contestó la muchacha—. Tengo que visitar a la doctora Sanders.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente enferma? —se alarmó Raffrex.

—La vista, tal vez. No estoy segura de lo que estoy viendo y..

—¿Cómo?

—Capitán, el indicador de velocidad marca tres millones de kilómetros por segundo.

* * *

Era una velocidad aterradora.

Tres millones de kilómetros al segundo.

Ciento ochenta por minuto, casi once mil millones en una hora...

¿Qué maravillosa potencia albergaban en su seno los impulsores Karlovy?

En un día recorrerían doscientos sesenta mil millones de kilómetros, en cifras redondas. En diez días, más de dos billones... y si se tenía en cuenta que un año luz mide algo más de nueve billones, resultaría que en cuatro días y medio de tiempo normal a bordo de la «Caronte» habrían recorrido un año luz.

Por tanto, necesitarían solamente unos veinte días para alcanzar Próxima del Centauro, la estrella más cercana al Sistema Solar, a una distancia de cuatro años luz y un cuarto, aproximadamente.

Eran unas cifras que daban vértigo.

—Heidi —llamó.

—¿Señor?

—¿Es posible saber el tiempo que hemos estado sin conocimiento?

—Sí, señor, como veinte minutos.

En veinte minutos tan sólo, la velocidad había aumentado diez veces. Heidi pareció adivinar su pensamiento.

—Sigue aumentando, capitán.

—¿Cuál es la progresión?

—Mil kilómetros al segundo, señor.

Raffrex meditó unos momentos.

Luego conectó el micrófono general.

—Habla el capitán —dijo—. La barrera de la luz ha sido salvada, por ahora, sin inconvenientes de gravedad. Estamos volando a más de tres millones de kilómetros por segundo y la velocidad aumenta. Estabilizaré cuando hayamos triplicado esta cifra. Si alguien siente síntomas extraños, que acuda en el acto a la doctora Sanders. Vida normal. Eso es todo.

Se puso en pie y miró sonriendo a los presentes.

—Ahora voy a hacer una llamada especial a la intendente Benátez —dijo. Y exclamó—. ¡Luisa!

—Diga, capitán.

—Hay licor a bordo. Sirva una copa a todo el que se lo pida, para celebrar el buen éxito de la primera parte de la operación.

—Encantada, capitán.

Bonnie saltó de su asiento.

—Eso no me lo pierdo yo —dijo alegremente—. ¿Vienes, Heidi?

Las dos mujeres salieron de la cámara. Raffrex miró a Tuckerland.

El ingeniero meneó la cabeza.

—Soy abstemio —dijo—. Me quedaré aquí, observando los instrumentos.

Raffrex chocó su copa con la de Stella momentos más tarde.

—Felicidades —sonrió.

—Digo lo mismo —contestó ella—. ¿Cómo se siente, capitán?

—¿Cómo puede sentirse una persona que vuela a casi once mil millones de kilómetros a la hora?

—Asombrada, sin duda.

—Y también preocupado —añadió él.

Stella enarcó las cejas.

—¿Todavía, Ben?

—Si.

—¿A causa de la ausencia de Karlovy?

—No. Eso ha dejado ya de preocuparme. Es otra cosa la que me está haciendo pensar muchísimo.

—Dígamelo, Ben, se lo ruego.

—Se trata de Graveau. ¿Cómo supo tan pronto, prácticamente en el acto, que Willings y Kalami habían robado una nave y que ésta había explotado?

Stella se quedó muy pensativa.

—Es verdad, capitán; no había reparado en ello. ¿Cómo lo supo?

Raffrex calló.

Le hubiera gustado encontrar una explicación para aquel enigma, pero se sentía impotente para aclararlo.

Capítulo VII

Hramgar y Carleton conversaban en voz baja en un rincón del comedor.

Raffrex los vio cuando entró a desayunar, aunque no hizo el menor comentario acerca de la que le pareció actitud más que sospechosa. Llevaban ya siete días volando a la velocidad de nueve millones de kilómetros por segundo y el joven estaba seguro de que pronto tendrían que reducir su velocidad a una inferior a la de la luz.

Desayunó tranquilamente y se marchó. En la cabina de mando, Luisa Benátez y Tuckerland charlaban apaciblemente. Era una actitud muy distinta de la de Hramgar y Carleton.

—Luisa —llamó de pronto.

—Diga, capitán —contestó la hermosa mujer.

—¿Sabe dónde está su hermano?

—En la sala de equipos, preparando los de desembarco, señor.

—Gracias.

Sin saber por qué, Raffrex se sentía inquieto.

Atravesó el comedor de nuevo. Carleton y Hramgar habían desaparecido.

Heidi estaba en la sala de recreo, contemplando un programa de televisión grabado, en unión de Rado Karnec. Raffrex enarcó las cejas.

¿Había dejado Heidi de pensar mal de los hombres?

Encontró a Benátez en el lugar indicado, afanosamente ocupado en la labor de revisar los equipos de desembarco.

—Manuel.

—Diga, señor.

—Quiero pedirle un favor...

—Lo que usted mande, capitán, no faltaría más.

Raffrex esbozó una sonrisa.

—Hay a bordo dos tipos de los cuales no me fío en absoluto. Tal vez esto le ofenda incluso a usted mismo..., pero creo que usted y su hermana son personas de confianza.

Benátez movió la cabeza.

—Gracias por la opinión que tiene de nosotros, capitán. ¿Cuáles son esos dos tipos?

—Hramgar y Carleton. ¿Tiene usted la llave de la sala de equipos?

—Sí, señor; es mi obligación.

—No deje que se la arrebaten. Y cuando pueda, vigílelos.

—Lo haré, capitán. ¿Teme que deserten?

Raffrex suspiró.

—¡Ojalá se tratase solamente Se deserción! —contestó.

Y se marchó en busca de la doctora.

—¿Continúan las preocupaciones, Ben? —preguntó Stella al verle.

—No he dejado de tenerlas desde que zarpamos —contestó él. Vio una gráfica proyectada en una pantalla y preguntó—: ¿Qué tal los exámenes médicos?

—Todo normal, por fortuna, salvo el período de veinte minutos de desvanecimiento —informó Stella.

—¿Qué dicen las gráficas en esos instantes?

—Una actividad corporal casi paralizada —respondió la joven—. Parecían observaciones sobre estados de catalepsia.

—Es decir, que estábamos con las funciones orgánicas en suspensión.

—Prácticamente, suspendidas todas. Los ritmos de respiración eran lentísimos, poco más de uno por minuto; y en cuanto a la circulación, el corazón apenas si se movía siete u ocho veces por minuto.

—Pero no ha ocurrido nada.

—No, a menos que las secuelas surjan mucho después, cosa que, sinceramente, no creo. ¿Cómo marchan los mecanismos de la «Caronte»?

—Por ahora no nos podemos quejar, Stella. La tripulación no

marcha todo lo bien que me gustaría.

Stella se alarmó.

—¿Qué dice, Ben?

—Hay dos tipos que me están dando mucho que pensar. Son de la calaña de Willings y Kalami. Me refiero a Carleton y a Hramgar. No me gustan en absoluto.

—¿Teme alguna mala pasada de ellos?

—Temo cualquier cosa, para ser franco; y lo peor es que ahora estarán más avisados, después de lo que les ocurrió a los otros dos.

—Habrá que vigilarlos, supongo.

—Ya he hablado con Benátez para que no los pierda de vista, sobre todo, teniendo en cuenta que él es el encargado de los equipos de desembarco. No olvidemos que estos equipos contienen muchas cosas útiles y que podrían intentar escapar si llegásemos a un planeta con signos de habitabilidad.

Stella se quedó pensativa un momento.

Luego dijo:

—Ben, de verdad, ¿cree usted que se perdería gran cosa con la deserción de esos dos hombres?

—No, si para hacerlo no nos causaban ningún perjuicio —respondió él—. La verdad, ignoro incluso por qué los englobaron en la tripulación. Ocupan puestos perfectamente suprimibles...

—Eran delincuentes, como usted y como yo —le recordó Stella.

Ben fijó la vista en la cara de la joven, ligeramente enrojecida.

—Yo cometí un delito, lo admito, pero... ¿y usted?

Stella apretó los labios.

—Sí —dijo escuetamente.

—¿Qué delito?

El pecho de la joven palpitó con violencia.

—Error en un diagnóstico.

—¿Y...?

—El paciente murió.

—El errar es humano —dijo él sentenciosamente.

—Sí, pero no se perdona cuando el paciente es persona de relieve. Sus familiares me pusieron pleito. Resultado: prosperó la acusación de homicidio premeditado. Veinte años fue la condena... hubiera sido, de no haberme enviado a la «Caronte».

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Raffrex—. Pero ¿cómo

pudo prosperar semejante desatino?

—La esposa de mi paciente era muy celosa. Creyó que él y yo… ¿lo comprende ahora?

—Entonces, lo hizo por venganza.

—Sí, Ben.

Raffrex tocó ligeramente el brazo de la joven.

—Lo siento, Stella —dijo.

Ella meneó la cabeza y sonrió.

—Ya no importa, Ben —contestó.

Un megáfono sonó de pronto:

—¡Capitán, al puente!

Era la voz de Heidi Ytzmann y sonaba con trémolos de alarma.

—Dispénseme, Stella —murmuró él.

Y corrió hacia la puerta.

Momentos después, se hallaba en la cabina de mando.

Bonnie Emlane estaba en su sitio, dispuesta para grabar el incidente si era preciso.

La cara de Heidi estaba más blanca que de costumbre.

—Mire, capitán.

El brazo de la joven señalaba una esfera indicadora. Raffrex entornó los ojos.

—La velocidad ha descendido a ocho millones cien mil kilómetros al segundo —observó.

—Sí, y su ritmo decrece a razón de doscientos kilómetros al quinto de segundo.

«Cada segundo, mil kilómetros menos de velocidad», pensó Raffrex.

—¿Quién ha manejado los instrumentos? —preguntó.

—Lo ignoro, capitán. Yo sólo me ocupo de los míos —respondió Heidi.

—¿Cuándo ha notado usted esa pérdida de velocidad?

—Pocos instantes antes de llamarle a usted, señor. Entré en la cabina y observé maquinalmente la velocidad. Entonces aprecié el descenso y…

—¿Quién había en la cabina cuando usted entró?

—Nadie. Estaba vacía.

Raffrex se volvió hacia la cronista.

—Bonnie.

—¿Capitán?

—¿A quién le tocaba el tumo de guardia en el puente?

—A Hramgar, señor.

Bonnie, además de cronista, distribuía también las guardias.

—Llámelo —ordenó él.

—Sí, señor.

Hramgar apareció momentos más tarde.

—Capitán —saludó en tono casual.

—Usted estaba de guardia. ¿Por qué la abandonó?

—Me relevaron, señor.

—¿Era la hora de su relevo?

—No, señor.

—Entonces ¿por qué aceptó?

—Karnec me dijo que podía irme, que él se quedaría aquí. No vi nada malo en ello y me marché. La guardia es muy aburrida, capitán, y Carleton me esperaba para jugar una partidita de naipes.

Raffrex se puso rígido.

Era una explicación congruente. Pero, en tal caso, ¿no debía desviar sus sospechas hacia Karnec?

—Bien —dijo al cabo—. Váyase, Hramgar.

El tripulante se alejó. Raffrex giró sobre sus talones y se encaró con Heidi.

—Hace unos minutos —dijo—, usted y Karnec estaban juntos en la sala de recreo, contemplando un programa de televisión grabado.

—Sí, capitán —admitió la joven.

—En ese caso, tiene que saber que Karnec vino aquí.

—Me he enterado ahora, señor.

—¿Cómo...?

—El programa terminó y yo volví a mi cuarto para bañarme. Ignoro qué hizo Rado a continuación.

Raffrex enarcó las cejas.

—Ah, ya le llama Rado —dijo.

Heidi se sonrojó.

—Somos buenos amigos —repuso.

—Su baño fue muy rápido.

—No disponemos de demasiada agua —sonrió Heidi—. Una ducha casi instantánea, de apenas cuatro litros en total, señor.

—Y vino aquí y encontró la cabina desierta.

—Sí, señor.

—Eso significa una cosa, Heidi. Karnec ha manipulado en los instrumentos.

—¡Imposible!

La protesta de Heidi encerraba una gran vehemencia, cosa que Raffrex captó en el acto.

—Ignoro lo que hizo Karnec después de separarse de mí —añadió Heidi—, pero una cosa es segura: él no tocó nada en la cabina de mando.

—Muy bien, vamos ahora a averiguarlo. Bonnie, llame a Karnec.

—Sí, capitán.

Bonnie pronunció varias veces el nombre aludido. Al cabo de unos cuantos intentos, se volvió hacia el joven.

—Señor, Karnec no contesta —informó.

Raffrex se mordió los labios. Luego, súbitamente, se lanzó fuera de la cabina, seguido por Heidi.

—¡Llame a la doctora, Bonnie! —gritó por encima del hombro, en el momento de cruzar el umbral.

Raffrex y Heidi corrieron hacia el camarote de Karnec. El joven abrió la puerta de golpe.

Heidi lanzó un agudo grito de espanto.

—¡Rado!

Karnec yacía boca abajo en el suelo. Raffrex se arrodilló a su lado, le dio la vuelta y apoyó una mano en su pecho.

—No se preocupe, Heidi —dijo a poco—. Está vivo.

Stella llegó en aquellos momentos con un maletín de cura en la mano.

—Por favor —rogó.

Se arrodilló junto al caído y le dio a oler un estimulante. Karnec suspiró, se removió un poco y acabó por abrir los ojos.

Vio a Heidi y sonrió.

—Hola, preciosa —saludó.

Raffrex se puso en pie.

—Stella, cuando Karnec esté en condiciones de hablar, dígale que vaya a mi camarote —ordenó.

—Sí, capitán.

Capítulo VIII

Minutos más tarde, Karnec llamaba a la puerta del camarote de Raffrex.

—Adelante.

Karnec cruzó el umbral.

—Capitán —saludó.

—Siéntese —invitó Raffrex secamente—. Quiero hacerle algunas preguntas.

—Sí, señor.

—Se trata de un relevo hecho anticipadamente. ¿Le correspondía siquiera a usted el siguiente turno?

—No, señor; pero yo sé que a Hramgar le aburre la guardia en el puente.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Él?

—Lo comentamos hace un par de días. Heidi y yo nos habíamos separado, después de ver la televisión, y se me ocurrió dar una vuelta por la cabina. Entonces...

—Entonces vio a Hramgar y le dijo que podía irse, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pero Heidi llegó poco después y encontró desierta la cabina de mando.

—Verá, capitán, allí no pasaba nada. Ni siquiera vemos las estrellas, de modo que no hay nada más aburrido que...

—Si se hizo cargo de la guardia, su deber era continuarla hasta el relevo.

—¡Y eso es lo que hice, señor!

Raffrex se quedó perplejo.

—¿Quiere decir que lo relevaron? —exclamó.

—Bueno, no exactamente. Tuckerland se asomó a la puerta y dijo que ya podía irme, que él vendría dentro de unos minutos tan sólo. Me marché, eso es todo.

—Y le atacaron en su camarote.

—Sí, señor.

—¿Quién fue?

Karnec sonrió.

—Usted tampoco lo supo hasta que se lo dijo el interesado. A mí no me lo ha dicho todavía.

—Así que no le vio la cara.

—No, señor.

—Karnec, ¿tocó alguno de los instrumentos de mando?

—No, señor.

Le negativa era tajante, categórica.

«Si miente, es un magnífico actor», pensó Raffrex.

Hubo una pausa de silencio.

Demasiados enigmas a bordo, cuando todo tendría que ser de una absoluta diafanidad, se dijo Raffrex.

Y Tuckerland no había acudido al relevo. ¿Por qué?

Heidi llamó de pronto.

—Capitán, la velocidad desciende terriblemente. Volamos ya a menos de siete millones de kilómetros al segundo —anunció por los altavoces.

—Está bien, Karnec —dijo Raffrex—. Por el momento, quedan aceptadas sus explicaciones, en espera de que sean corroboradas por Tuckerland.

Karnec se encogió de hombros. Raffrex abandonó su cámara y corrió al puente.

Heidi le señaló el indicador de velocidad.

—Mire, capitán.

Raffrex apretó los labios.

—Seis millones de kilómetros.

—La velocidad se reduce a dos mil kilómetros por quinto de segundo —puntualizó la muchacha.

Tuckerland estaba en su puesto.

—Máquinas normales, en régimen decreciente de potencia —dijo.

Raffrex sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —murmuró.

—La reducción de velocidad es superior al medio millón de kilómetros por minuto —anunció Tuckerland—. Por tanto, dentro de diez o doce minutos habremos alcanzado una velocidad infralumínica. Conviene que nos preparemos para ese momento, capitán.

—Pero nosotros podríamos acelerar la velocidad nuevamente.

Tuckerland se encogió de hombros.

—¿Para qué? Veamos qué ocurre..., mejor dicho, dónde estamos cuando salgamos al espacio normal. Entonces será hora de tomar una decisión.

Era lo más sensato, pensó Raffrex.

Pero ¿quién diablos había manipulado en los instrumentos?

Era mejor no pensar en ello por el momento.

Alargó la mano y tomó el micrófono.

—Habla el capitán —dijo con voz pausada—. Recomiendo a la tripulación ocupen sus puestos. Dentro de diez minutos volaremos a velocidades sublumínicas. Prepárense para el «shock» de transición. Conecten todos los instrumentos de transmisión de actividades corporales. Eso es todo.

Cortó la comunicación y ocupó su sillón. Apoyó ambas manos en los brazos y la nuca en la parte alta del respaldo. Una abrazadera metálica ciñó su pecho automáticamente. Eso bastaba para que las indicaciones de las actividades de su organismo fuesen registradas en el control central médico dirigido por Stella.

Un altavoz anunció de pronto:

—Nueve minutos veinte segundos para la hora cero. Hora cero es el momento en que la velocidad decrece hasta la cifra doscientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve kilómetros por segundo.

Raffrex procuró contener su sorpresa.

¿Quién había registrado aquella grabación?

—Demasiados enigmas, demasiados enigmas...

Todavía pensaba en ello cuando nueve minutos más tarde, el altavoz dijo:

—Diez segundos para la hora cero. Nueve..., ocho..., siete...

Y, de pronto, apenas hubo oído la cifra cero, Raffrex se sintió atacado por un repentino desvanecimiento.

* * *

Abrió los ojos. Detrás de él, Bonnie gritó:

—¡Las estrellas!

Raffrex contempló maravillado el panorama celeste.

Miles de astros de todos los colores inundaban el universo. Parecía una sinfonía de cromatismos inigualables, semejando millares de farolillos multicolores pendientes de hilos invisibles de un techo de terciopelo.

Raffrex tomó el micrófono.

—Stella.

—Sí, Ben.

—¿Qué tiempo hemos permanecido sin conocimiento?

—Veinte minutos, lo mismo que la vez anterior.

—Gracias. Heidi, ¿velocidad?

—Doscientos noventa mil y decrece a doscientos por quinto de segundo.

—Gracias. Bonnie, ¿registra los incidentes?

—Sí, capitán —contestó la aludida.

—Tuckerland.

—¿Señor?

—Conecte los detectores biológicos y analizadores de atmósferas.

—Sí, señor.

Raffrex sacudió ligeramente los hombros. La abrazadera se replegó por sí misma.

—Heidi, haga un cálculo de la distancia recorrida en estos días —pidió.

—Se lo daré en seguida, capitán —contestó la joven.

Raffrex se acercó a uno de los ventanales.

Había una estrella que brillaba con más fuerza que las restantes. Indudablemente, se trataba del sol de un sistema estelar, hacia el cual se encaminaban directamente.

¿A qué distancia se hallaban del planeta de partida?

Pronto lo sabría, se dijo.

—Capitán —llamó Tuckerland.

—Diga —contestó Raffrex.

—Indicios de atmósfera respirable en tres planetas. Posibilidad de vida en dos de ellos. Estrella de su sistema, tipo sol.

—¿Conoce usted estos parajes estelares, Tuckerland?

—No, señor. Temo que habremos de averiguar nuestra posición por el arcaico método de la velocidad y el rumbo seguidos. Así sabremos la distancia y...

—Gracias, Tuckerland. Heidi, calcule usted la distancia recorrida desde nuestra partida del planeta.

—Sí, señor.

—Tuckerland, investigue cual de esos planetas es el más adecuado para la vida humana. ¿Cuál es la distancia aproximada?

—Once mil millones de kilómetros, señor.

—Gracias.

Hubo una pausa, durante la cual sólo se oía la voz de Bonnie, grabando la crónica del suceso. De pronto, Heidi levantó la mano.

—¿Capitán?

—Diga, Heidi.

—La distancia recorrida en estos días es de cinco mil cuatrocientos sesenta billones de kilómetros. Equivale a más de quinientos cincuenta años luz.

—Una bonita cifra —comentó Raffrex—. Por tanto, nos hallamos en las inmediaciones de algún sistema perteneciente a Rigel, de Orión, según el rumbo que hemos seguido.

—Exacto, capitán —confirmó Heidi.

Eran unas cifras mareantes. Pero ¿qué otra cosa se podía pensar cuando se viajaba a velocidades treinta veces superiores a la de la luz?

—¿Cuál es la velocidad, Heidi? —preguntó.

—Doscientos ochenta y dos mil kilómetros al segundo, señor.

—Hay que iniciar el proceso de deceleración inmediatamente —dijo Raffrex—. Esta velocidad es demasiado elevada para acercamos a ningún planeta.

Al cabo de un rato, Tuckerland dijo:

—Tengo elegido ya el planeta, señor.

Y facilitó a continuación los datos obtenidos por los detectores a larga distancia.

Eran unos informes altamente favorables. Entonces Raffrex dio una orden:

—Tuckerland, dispare un cohete explorador, provisto de una cámara de televisión. Heidi, calcule datos para que ese cohete orbite en torno al planeta a cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia. De este modo, podremos observar datos de su superficie.

—Sí, señor.

Raffrex se apoltronó en su asiento. Ahora ya sabían que los sistemas de impulsión Karlovy funcionaban. La ruta seguida había sido grabada en forma conveniente. Para el regreso a la Tierra, no haría falta sino conectar el piloto automático, el cual seguiría las instrucciones de la cinta donde se habían registrado los datos del viaje de ida.

La duda estribaba en el planeta hacia el cual se dirigían. Era un mundo inexplorado para ellos, pero ¿no sería también hostil?

De pronto, Tuckerland dijo:

—Disparado el cohete explorador, señor. Tendremos información visual dentro de dos horas.

—Gracias, Tuckerland —Raffrex se puso en pie—. Podemos descansar durante ese par de horas.

Tenía hambre y se dirigió al comedor. Allí había siempre dispuesta una bandeja con comida.

Tomó un par de bocadillos y un sorbo de leche. Luego pensó en charlar un rato con Stella.

Se dirigió hacia el botiquín y llamó a la puerta. Nadie le contestó.

Insistió en las llamadas. Extrañado por el silencio de la joven, se arriesgó a abrir la puerta.

El botiquín estaba vacío. Raffrex frunció el ceño.

Aquello no era corriente en una muchacha tan sensata y equilibrada como Stella. Intrigado, buscó el interfono y dio el contacto.

—Habla el capitán —dijo—. Estoy en el departamento de Sanidad. Requiero a la doctora Sanders para que se presente inmediatamente, a menos que esté realizando una labor de urgencia.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, sonó la voz de la doctora.

—¿Ben?

—Sí, Stella. ¿Dónde está usted?

—No se preocupe por mí —dijo la joven—. En estos momentos, me encuentro a bordo de un bote salvavidas, en compañía de Carleton y Hramgar. Nos vamos a ese planeta examinado por Tuckerland y ya no nos verán nunca más. ¡Adiós!

Sonó una burlona carcajada.

—¿Ha oído usted, capitán? —preguntó Hramgar—. Stella se viene con nosotros. No se preocupe, el bote fue examinado previamente y comprobamos que había sido desconectada la carga explosiva que le había situado aquel bastardo de Graveau. La doctora tiene razón; ya no nos verán nunca más. ¡Adiós, imbéciles!

Capítulo IX

—En su lugar, capitán, yo no me preocuparía tanto por la doctora —dijo Karnec—. Si ella quiso desertar, la responsabilidad de lo que pueda ocurrirle es suya exclusivamente y nada más.

Raffrex permanecía silencioso, mientras los demás se hallaban sentados en torno a la mesa de comedor. Luisa Benátez renovaba las bandejas con provisiones cuando notaba que se vaciaban.

—Esa chica no está bien de la cabeza —sentencio Bonnie.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Heidi, curiosa.

—Se ha ido con dos hombres. Pronto empezarán a pelearse por ella. Uno de los dos morirá.

—Sobrevivirá uno, el más fuerte —vaticinó Benátez.

—Yo no diría tales cosas de la doctora —habló Tuckerland.

—¿Por qué, si puede saberse? —preguntó Luisa.

—Me parece demasiado sensata como para realizar una acción semejante. Claro es que nunca se sabe bien lo que una persona puede hacer, pero en el caso de Stella tengo la sensación de que no ha obrado por propia voluntad.

Raffrex levantó vivamente la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere insinuar usted? —preguntó.

—Sencillamente, la posibilidad de un secuestro a fin de evitar represalias o una persecución, capitán.

El joven se quedó rumiando aquellas palabras. De pronto, sonó una voz harto conocida de todos los presentes:

—El número de tripulantes de la «Caronte» ha quedado reducido a siete. Suficiente para llevar a cabo la misión que les fue encomendada. Por tanto, les ordeno que realicen los trabajos para los cuales fueron entrenados y que se abstengan de perseguir a los

tres desertores. Eso es todo.

Raffrex se quedó con la boca abierta de par en par.

—¡Es la voz de Graveau! —exclamó.

—¡Demonios! —masculló Bonnie—. ¿Es que ese tipo no nos va a dejar en paz ni a quinientos cincuenta años luz de la Tierra?

El asombro invadía a todos los presentes. ¿Cómo había sabido Graveau tan pronto la noticia de la deserción de tres tripulantes?

Hubo un momento de silencio. Luego Rado Karnec llamó desde el puente.

—Capitán, la cámara de observación está enviando las primeras imágenes del planeta.

Raffrex se puso en pie.

—Vamos a ver qué aspecto tiene —dijo en tono normal.

* * *

—Pues no parece muy diferente de nuestra vieja Tierra —comentó Bonnie, observando la gran pantalla de televisión, en donde, con una nitidez sorprendente, se divisaba la imagen del planeta en el cual se proponían desembarcar.

—Lo cual me satisface infinito —dijo Benátez.

—Sí, pero lo vemos desde cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia —objetó Heidi—. ¿No habrá fieras o animales dañinos?

—Los detectores señalan presencia de vida animal —indicó Tuckerland.

—¿Con inteligencia? —preguntó Heidi.

—Eso es demasiado pedir. Sin embargo, no se observan actividades propias de seres humanos. Los detectores de calor habrían captado señales de fábricas o de maquinaria, por ejemplo, y no ha sucedido nada de eso.

Karnec volvió los ojos hacia Raffrex.

—Todo parece en orden, capitán —dijo—. ¿Cuándo desembarcamos?

—El coronel Graveau ordenó que los trabajos de exploración se desarrollaran normalmente —contestó el joven—. Ahora bien, no me ha sido fijado ningún determinado punto de desembarco. Por tanto, pondremos el pie en ese planeta cuando hayamos localizado el bote salvavidas con los desertores. Careciendo de otros vehículos,

es obvio que no habrán podido alejarse mucho del cohete.

—No es mala idea —aprobó Bonnie—, Pero ¿podrán detectar nuestros instrumentos la masa metálica del cohete?

—Pregúnteselo a Tuckerland —contestó Raffrex.

—Sí, sin duda alguna —declaró el aludido.

—Entonces no se hable más. Hasta que se haya obtenido la situación del cohete salvavidas, la «Caronte» continuará orbitando en torno a ese planeta —dijo Raffrex con acento que no admitía lugar a dudas.

* * *

—¡Detección! —gritó Tuckerland.

Al oír aquella voz, Raffrex se puso en pie y corrió hacia la cabina de mando.

Una lámpara oscilaba rápidamente en el cuadro de mandos. Bonnie ocupó su puesto con singular presteza.

—¿Distancia? —preguntó Raffrex.

—Cuatrocientos ochenta kilómetros, señor.

—Corte la órbita y descienda verticalmente, Tuckerland.

—Sí, señor.

La nave empezó a perder altura a los pocos momentos. De repente, se sintió un fuerte estremecimiento.

El suelo tembló. Bonnie, asustada, pegó un fuerte chillido.

Heidi, en su puesto, frente a la calculadora, palideció.

—¿Qué es eso? —preguntó, alarmada.

Una voz conocida sonó de nuevo a través de los altoparlantes:

—Tranquilícense, amigos —dijo Graveau—. No ha ocurrido nada. Simplemente, ha sido una avería de los impulsores Karlovy.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha hecho eso? —gritó Raffrex.

Estaba seguro de que la avería había sido planeada con toda meticulosidad. Ciertamente, disponían de los motores interplanetarios, pero éstos no alcanzaban, ni de lejos, velocidades superiores a la de la luz.

—Lo sabrán en su debido momento —contestó Graveau.

Y cerró la comunicación.

Tuckerland fijó los ojos en Raffrex.

—Sí, continúe el descenso —dijo el joven de mala gana.

—Yo empiezo a olerme la trampa en que nos ha metido ese condenado Graveau —dijo Bonnie.

—Habla —pidió Heidi.

—Simplemente, quiere que nos quedemos en este planeta. De este modo, fundaremos la primera colonia terrestre... y no olvidemos que esta tripulación está compuesta por personas de ambos sexos.

—Pero hay más hombres que mujeres —alegó Heidi.

—Sí —suspiró Bonnie—. Ése es un problema que se nos presentará dentro de poco y... ¡menudo problema para resolver cuando cada cual quiera elegir su pareja!

Al oír aquellas palabras, Raffrex se preocupó muchísimo. Las discusiones surgirían muy pronto... ¿o no habían surgido ya entre Hramgar y Carleton a causa de Stella?

* * *

La «Caronte» se posó suavemente sobre el suelo del planeta.

Durante unos momentos, la emoción se apoderó de todos los viajeros, relegando a segundo término otros problemas acaso más acuciantes.

Era la primera vez que unos seres humanos posaban sus plantas sobre un planeta habitable, distinto de su Tierra natal. El panorama, por otra parte, no podía ser más terrestre.

Árboles frondosos, césped, un caudaloso arroyo que saltaba de roca en roca, montañas a lo lejos, a un lado, y al otro, a buena distancia también, el azul espejo de un mar.

—Tuckerland, ¿qué dicen los indicadores de ambiente?

—Todo en orden, capitán. No hay indicios de gérmenes nocivos. La atmósfera es similar en todo a la terrestre.

—Muy bien. Desembarcaremos dentro de una hora. Antes es preciso pasar por la cámara esterilizadora. Si en este planeta no hay gérmenes nocivos, nosotros sí podemos llevarlos encima.

Raffrex se puso en pie. Abandonó el puente y buscó la cámara secreta, donde estaban las armas. Marcó la cifra clave y abrió la puerta. Entonces notó algo extraño.

Faltaban armas. En cierta ocasión, durante el viaje, mientras todos dormían, había hecho una inspección de la armería.

Durante las sesiones de hipnopedia, había aprendido de memoria la cantidad de armas y municiones de que podría disponer. De un solo vistazo apreció la falta de una pistola eléctrica y un rifle corriente, de pólvora. Asimismo echó de menos una cartuchera con cien proyectiles y dos pilas de repuesto para la pistola eléctrica, con sus fundas correspondientes.

Permaneció unos momentos inmóvil. ¿Quién se había llevado aquellas armas?

A menos que le hubieran mentido, sólo él conocía la cifra que permitía la apertura de la cámara. Por tanto, si alguien había abierto la puerta de la armería, era que conocía también dicha cifra.

Graveau, de ninguna manera, había hablado últimamente desde la Tierra.

Estaba a bordo, como un tripulante más.

Él no era Graveau. Por tanto, descartando a los dos desertores, sólo quedaban tres sospechosos: Tuckerland, Karnec y Manuel Benátez.

Uno de los tres era Graveau. Ahora estaba armado. ¿Qué se proponía el esbirro del tribunal que les había sentenciado?

Como método de precaución, eligió el mismo armamento que Graveau. Luego se dirigió a la cámara de esterilización.

De allí salió a una esclusa, estéril también, en la que esperó a los demás. La primera en verle armado fue Bonnie.

—¡Caramba, capitán! —se pasmó—. ¿Acaso va usted a la guerra?

—Quizá se produzca una guerra dentro de poco —contestó él sombríamente—. En pequeño, pero guerra al fin y al cabo.

—Le juro que no le entiendo, Ben —dijo Bonnie.

—Se lo diré luego —repuso Raffrex, viendo que Heidi entraba en aquellos instantes en la esclusa.

Heidi se asombró también de verle armado.

—Debiera proporcionarnos armas a nosotros, capitán —dijo.

—Por ahora, el único que las usará seré yo —contestó él.

—¿Desconfía de mí porque maté a un hombre? —preguntó Heidi amargamente.

Tuckerland entró a continuación y luego lo hizo Benátez. Luisa y Karnec entraron seguidamente.

Desconcertado, aunque sin expresarlo de manera ostensible,

Raffrex se percató de que los tres hombres iban desarmados. Entonces ¿ninguno de ellos era Graveau?

—Bien —dijo, tras un breve carraspeo—, vamos a iniciar el desembarco oficial.

—Sí, oficial, porque otros han desembarcado ya antes que nosotros —comentó Bonnie.

Raffrex pulsó el botón de apertura y la compuerta exterior giró silenciosamente. Una bocanada de aire perfumado entró en la esclusa.

Bonnie inspiró profundamente. Luego lanzó un alegre grito de saludo:

—Hola, Paraíso.

Capítulo X

«Paraíso», repitió Raffrex mentalmente.

Un nombre conveniente para aquel planeta, sobre todo, teniendo en cuenta que todos los recién llegados habían escapado a un infierno al que se habían hecho acreedores por sus sentencias.

Saltó al suelo. La tierra era blanda, esponjosa. Se veían flores por todas partes. Los demás fueron saltando uno a uno. Heidi se agachó y arrancó una flor de gran tamaño y colores vivísimos, cuyo aroma respiró con enorme complacencia.

—Me gustaría quedarme a vivir aquí —dijo arrobada.

Y en aquel momento, cuando más satisfechos se sentían todos, se oyó un sonido de tonos enteramente inesperados.

El disparo de un arma de fuego.

Primero se oyó el estampido, luego el silbido de la bala y a continuación el sordo choque del proyectil contra un cuerpo humano.

Heidi lanzó un débil grito, soltó la flor, se llevó las manos al pecho y cayó sobre la hierba.

El estupor se apoderó de todos los terrestres.

—¡A dispersarse! ¡Cuerpo a tierra! —gritó Raffrex, dando el ejemplo.

Benátez derribó a su hermana, la cual, a su vez, hizo caer a Bonnie. La cronista lanzó una palabrota poco académica, en el momento en que el segundo proyectil rebotaba metálicamente contra el casco de la «Caronte».

Raffrex procuró fijar la posición del tirador. Así, pues, ninguno de los tres hombres que estaban con él era Graveau.

¿Les había hablado desde el cohete? Pero, en tal caso, ¿no era la

suya una actitud por completo absurda e incongruente?

Sonó otro disparo. La bala hizo volar tallos de hierba cerca de la cara de Karnec, de cuyos labios se escapó una maldición.

Pero ahora Raffrex había conseguido ya divisar el chispazo del disparo. El tirador se hallaba a unos ciento veinte metros, escondido entre unos árboles, al otro lado del arroyo.

—¡Karnec! —llamó.

—Diga, capitán.

—Atienda a Heidi. Voy a ver si consigo quitar de en medio a ese maldito Graveau.

—Bien, señor.

—Tenía que perseguirnos hasta aquí —dijo Bonnie rabiosamente.

Benátez le puso la mano en la nuca.

—Agacha la cabeza, estúpida —la apostrofó—. ¿Quieres que te la vuele Graveau?

Bonnie se volvió y miró sorprendida a Benátez. Luego una ligera sonrisa distendió sus labios.

—Sí, Manuel, lo que tú digas —contestó.

El tirador había cesado en el fuego. Raffrex saltó de pronto hacia adelante, en sentido oblicuo.

Corrió hacia el arroyo. De pronto, hizo un rápido quiebro.

El rifle disparó en aquel instante. La bala se perdió inofensivamente.

Raffrex se tiró al suelo, dio dos vueltas sobre sí mismo, alcanzó un pequeño arbusto y luego, antes de que Graveau fijara la puntería de nuevo, volvió a levantarse.

Ganó treinta metros más. El arroyo estaba solamente a cincuenta.

Delante de él divisó un árbol de grueso tronco. Alcanzó el refugio, pero una fracción de segundo antes, sintió un golpe en el brazo izquierdo.

La sangre empezó a manar inmediatamente de la herida, lo que le dijo que el hueso no estaba interesado.

El árbol era más grueso que su propio cuerpo. Apoyó el rifle en el tronco, sacó un pañuelo y se lo enrolló sobre el brazo, atándolo con la ayuda de los dientes.

Empuñó el arma de nuevo. Graveau continuaba haciendo fuego

contra los tripulantes tendidos al pie de la nave.

Raffrex divisó los chispazos de los disparos. Tomó puntería y envió una veintena de balas, en tiro semiautomático, en diez segundos, hacia el punto donde estaba Graveau.

Sonó un alarido desgarrador. Luego se vio un turbión de espumas en el arroyo, provocado por la caída de un cuerpo humano.

—Bravo, capitán —gritó Bonnie desde lejos.

Raffrex aprovechó la ocasión y se acercó al arroyo, situándose otra vez tras un árbol. La distancia que le separaba de la orilla opuesta del arroyo no era superior a los treinta metros.

Súbitamente se oyó una voz.

Era Carleton.

—Capitán, tire su rifle —exigió el desertor—. Tengo una pistola eléctrica encarada directamente al cuerpo de la doctora y, si no obedece dentro de cinco segundos, la abrasaré viva.

Carleton quiso demostrar que sus palabras no eran ninguna baladronada. Empujó con la mano izquierda a Stella y la joven trastabilló un poco. El desertor se protegía con su cuerpo, aunque sin rozarla, ya que, en caso de liberar la descarga eléctrica y estar en contacto directo con ella, resultaría igualmente electrocutado.

* * *

—¡Vamos, capitán! ¡Tire el rifle! —exigió el desertor.

Raffrex lanzó el arma a un lado. Todavía, sin embargo, le quedaba la pistola eléctrica.

—Graveau —llamó.

—¿Cómo dice? —preguntó Carleton.

—Usted es Graveau...

—No me insulte, capitán —rió el desertor—. Soy Carleton desde que nací.

Raffrex se quedó perplejo.

—¿Cómo se apoderaron de las armas? —quiso saber.

—¿Tal vez no recuerda ya cuál era el papel de Hramgar a bordo? Le habían instruido como electricista y para reparaciones generales, como perforaciones del casco y cosas por el estilo.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, durante las sesiones de hipnopedia, le hicieron conocer de memoria los planes de la nave, así como la distribución de todos los departamentos. Hramgar encontró entonces un departamento no identificado, sin objeto definido. Eso le intrigó muchísimo, como puede comprender.

—Siga, Carleton.

—Bien, cierto día, buscó el departamento, arrastrándose a través de un conducto de ventilación. Llevaba un destornillador en el bolsillo. Era todo lo que necesitaba.

—Y quitó el mamparo posterior.

—Justamente, capitán. Imagínese su sorpresa cuando encontró un cuarto repleto de armas y municiones. ¿Se figura ahora el resto?

—Lo estoy viendo —dijo Raffrex ceñudamente.

—El pobre Hramgar ha tenido mala suerte —expresó Carleton—. La mía… perdón, la nuestra, será mucho mejor.

—¿Qué va a hacer con la doctora? —inquirió Raffrex.

—Se viene conmigo. No es bueno que un hombre esté solo.

Raffrex apretó los labios.

—Carleton…

—No siga, capitán; ya he tomado mi decisión —le interrumpió el desertor—. Quiero llevarme a la doctora, pero, si me molestan, la mataré sin vacilar.

—Usted moriría también, Carleton.

—Sí, pero usted sentiría mucho más la muerte de la doctora que la mía —respondió Carleton cínicamente—. El planeta es tan grande como la Tierra y ya procuraremos que no nos encuentren por segunda vez.

—¿Usted cree? —preguntó Raffrex.

Ahora ya no miraba al desertor, sino al árbol que había sobre los dos.

Algo se movía en el árbol. Parecía como una rama que se descolgase lentamente hacia abajo. Era de color verdoso, con algunas manchitas amarillas y rojizas, distribuidas de un modo simétrico.

Raffrex se quedó helado de horror.

Podía, tal vez, ser distinta de las terrestres, pero era una serpiente, sin duda alguna. Su grosor no era superior al de un dedo pulgar; en cambio, parecía ser interminablemente larga.

La cabeza de la serpiente osciló en el aire, a menos de medio metro de las de Carleton y Stella. Ninguno de ambos se había dado cuenta de la presencia del reptil.

La serpiente descendió medio metro. Su morro tocó el hombro del desertor.

Carleton alzó la cabeza instintivamente. Un espantoso grito de horror se escapó de sus labios.

La serpiente atacó con la velocidad del relámpago. Casi en el mismo instante, Raffrex vio a un segundo reptil que se descolgaba de una rama contigua.

—¡Stella! ¡Al suelo, rápido! —gritó.

La doctora obedeció maquinalmente. Los gritos de espanto de Carleton se habían transformado en un horrible gorgoteo.

La serpiente se había enroscado en el cuello del desertor y lo izaba en vilo, ahorcándolo literalmente. Carleton pateaba y se agitaba convulsivamente, intentando en vano liberarse de aquel dogal que le quitaba la respiración.

Raffrex salió a terreno descubierto y disparó contra el reptil.

Vano empeño. La pistola eléctrica no tenía un alcance superior a los veinticinco metros.

Recogió el rifle. Disparó de nuevo, pero ya el reptil desaparecía entre el follaje con su presa.

Las hojas se agitaron todavía un poco. Luego dejaron de moverse.

Entonces Raffrex corrió a la orilla del arroyo. Stella se hallaba a una docena de metros.

—No se mueva, doctora —ordenó.

Levantó la mano y electrocutó al segundo reptil. El larguísimo cuerpo de la serpiente se convirtió en una cuerda incandescente durante una fracción de segundo. Luego una pequeña lluvia de negras partículas descendió lentamente hacia la hierba.

El árbol en que había desaparecido Carleton era enorme, gigantesco. Raffrex comprendió que no sólo era imposible buscarlo, sino sumamente arriesgado.

Podía haber más serpientes. Además Carleton tenía que estar ya muerto. Incluso aunque lo rescatasen con vida, las lesiones sufridas en el cuello le impedirían sobrevivir.

Se acercó a la orilla. Stella, apoyada con las manos en el suelo,

le dirigió una larga mirada.

—Iré a buscarla, doctora —dijo él.

Stella meneó la cabeza.

—Gracias, Ben; sé nadar —contestó lacónicamente.

Capítulo XI

Entonces Graveau continuaba formando parte de la tripulación, pensó Raffrex, mientras se paseaba arriba y abajo por las inmediaciones de la enfermería.

Karnec estaba a poca distancia, sentado en una silla, en actitud meditabunda. Los demás se hallaban entregados a sus ocupaciones habituales.

Benátez, «doblado» de botánico, examinaba algunas muestras vegetales. Bonnie estaba redactando la crónica de los últimos hechos. Luisa repasaba la despensa, mientras Tuckerland examinaba el cielo nocturno de «Paraíso», con la ayuda de un telescopio.

La puerta de la enfermería se abrió de pronto. Stella, cubierta aún con una bata blanca, apareció en el umbral.

—Entre, Rado —permitió—. Heidi está bien, pero no la fatigue demasiado.

—Estaré junto a ella, simplemente —respondió Karnec.

Raffrex y Stella quedaron solos.

—¿Qué tiene Heidi? —preguntó él.

—Un balazo con mucha suerte. La trayectoria es oblicua, penetrando a la izquierda del esternón y en el tercer espacio intercostal, con salida por la parte posterior de la axila del mismo lado. La pleura del pulmón está ligeramente contundida, pero no hay huesos afectados.

—En resumen, que curará fácilmente.

—Sí, aunque deberá observar reposo absoluto durante un par de semanas al menos. Es preciso procurar que la pleura se recobre plenamente.

—Comprendo. Stella, ¿cómo se encuentra usted?

Ella sonrió deliciosamente.

—¿Le importa que le diga que tengo hambre, Ben?

—Me encanta. Venga conmigo al comedor —propuso él, cogiéndola del brazo.

Luisa puso delante de la joven una bandeja con bocadillos y un vaso de leche. Stella empezó a comer de inmediato.

—Luisa, ¿qué tal nos sentaría a todos una copa de vino? —sugirió Raffrex.

La mujer sonrió.

—Buena idea, capitán —aprobó.

—Así, pues, cuando me dijo que desertaba, tenía una pistola apoyada en el cuerpo —habló Raffrex.

—Efectivamente —confirmó Stella—. ¿Creyó que desertaba?

—Tiene que perdonarme —dijo él—. Sí, llegué a creerlo. Pero hubo quien la defendió desde el primer momento.

—¿Quién fue, Ben?

—Tuckerland. Bonnie tampoco se lo creía demasiado, a decir verdad. Pero fue Tuckerland, realmente, quien apuntó la idea del secuestro.

—Es cierto —suspiró Stella—. Me sorprendieron tan inesperadamente...

—No se preocupe más por ello —sonrió Raffrex—. A propósito, ¿sabe que Gravean está a bordo?

Stella se quedó con un bocadillo a mitad de camino entre su boca y el plato.

—¿Qué me dice, Ben?

—Así como suena. Es más, ha estropeado deliberadamente los motores Karlovy.

—Pero ¿por qué ha hecho una cosa semejante? —exclamó Stella, atónita.

—Se lo diré claramente, repitiendo, incluso, sus propias palabras: «Lo sabremos a su debido tiempo».

—¿No dijo más?

Raffrex meneó la cabeza negativamente.

—No, no dio otras explicaciones —contestó.

—Pero, en tal caso, ¿dónde está? ¿Cómo es que no le hemos visto?

—¿Cómo vamos a verle, si es uno de los otros tripulantes

varones?

—Me siento pasmada —confesó Stella—. Eso significa… que Graveau está bajo la apariencia de Tuckerland… o Benátez o Karnec.

—Justamente, eso es lo que yo creo.

—Y ¿no hay medio de obligarle a que se delate?

—Por ahora no se me ocurre ninguno —suspiró él. Stella reflexionó unos momentos.

—Ben, ¿se ha dado cuenta de una cosa? —exclamó de pronto.

—Dígamela usted —rogó él.

—Hemos quedado cuatro parejas y, si nos fijamos un poco en las afinidades demostradas durante el viaje, podemos establecerlas así: Benátez y Bonnie, Tuckerland y Luisa, Karnec y Heidi y… usted y yo —enumeró Stella, ligeramente colorada.

—Sí, cuatro parejas —murmuró Raffrex—. Cuatro parejas… en un planeta aparentemente desierto y al cual hemos acordado en denominar «Paraíso».

—Entonces ya comprenderá usted las intenciones de Graveau. Debemos quedar aquí para propagar la especie humana.

—¡Pero eso es absurdo! —saltó él—. El viaje se hizo para probar la impulsión Karlovy.

—Y se ha probado —afirmó ella—. A satisfacción, sin fallos de ninguna clase.

—¿Quiere decir que Graveau va a abandonarnos aquí?

—Podría suceder, ¿no le parece?

—La nave está averiada.

—La avería ha sido provocada por el propio Graveau. ¿Quién nos asegura que no la repare en el momento en que le convenga y se vuelva a la Tierra?

Hubo un momento de silencio. Raffrex meditaba.

—Tendré que idear algo para sorprenderle —dijo al cabo—. De momento, no se me ocurre nada, pero ya daré con una fórmula adecuada para ponerle el guante encima y obligarle a declarar sus verdaderas intenciones.

Luisa entró en aquellos momentos con una bandeja en las manos, seguida de Tuckerland. La cara de Tuckerland expresaba una inmensa alegría.

Raffrex y Stella intercambiaron una mirada.

—El vino —anunció Luisa.

—Me parece que vamos a celebrar algo más que un feliz final de viaje —comentó Raffrex—. ¿No celebraremos también un compromiso matrimonial?

Luisa se ruborizó intensamente.

—A Jess no le importa mi pasado. Ni a mí el suyo —contestó la hermosa mujer.

—Era contrabandista de diamantes marcianos, como su hermano —explicó Tuckerland—. Y yo cometí un par de atracos, pero... «Paraíso» es un lugar maravilloso para emprender una nueva existencia.

—¿A pesar de las serpientes? —sonrió Raffrex.

—También las hay en la Tierra, y las peores son las de dos patas —contestó Tuckerland sentenciosamente—. Usted nos casará, capitán; y Luisa y yo nos quedaremos en «Paraíso».

—Me parece que acompañados por Manuel y Bonnie —dijo Luisa.

—Esa sí que es una forma de desertar —comentó Stella jovialmente—. Luisa, ¿por qué no sirve el vino?

—Con mucho gusto, Stella.

* * *

—Bonnie, querría hablar un momento con usted.

La cronista se volvió hacia Raffrex.

—Con mucho gusto, capitán —accedió.

Raffrex abrió la puerta de su camarote.

—Pase, por favor.

Bonnie cruzó el umbral, intrigada por la propuesta del joven. Raffrex cerró cuidadosamente y luego sacó del bolsillo de su mono una cajita oblonga, que depositó sobre una mesa.

—Es un interferidor de sonidos —explicó—. Aunque estén escuchándonos con un micrófono de cable o de emisora de radio, no oirán nuestra conversación.

—La curiosidad me come —declaró Bonnie pintorescamente—. ¿Qué pasa, capitán?

—Usted no es Graveau, desde luego —dijo él.

Bonnie respiró profundamente.

—Se ve en seguida, ¿no? —contestó, sonriendo con malicia.

—Sí, sobre todo, Manuel —sonrió Raffrex también—. Bonnie, mañana vamos a iniciar una exploración de los contornos. Quiero que usted y Manuel se queden para vigilar a Karnec.

—¿Por qué, capitán?

—Sospecho que es Graveau.

Bonnie rumió aquellas palabras durante algunos segundos.

—No me extrañaría en absoluto —contestó al cabo—. ¿Qué más?

—Graveau será un pajarraco, pero se ha enamorado de Heidi. Se quedará en la nave. Luisa, Tuckerland, Stella y yo realizaremos la exploración.

—Y Manuel continuará estudiando las muestras de vegetales. ¿Qué haré yo? Oficialmente, por supuesto.

—Repasar sus crónicas y ampliar detalles, si lo estima necesario. Les dejaré sendos transmisores, provistos de pantalla de televisión. En el momento en que vean algo sospechoso, pónganle la mano encima a Karnec y aseguren que no puede escapar.

—¿Qué es lo que teme usted, capitán? —preguntó Bonnie.

—Simplemente, que trate de abandonamos en «Paraíso».

—A mí no me disgustaría —confesó Bonnie—. Yo ya lo he hablado con Manuel y estamos de acuerdo en que es un planeta muy atractivo. Y no somos los únicos...

—Lo sé, pero yo, si puedo, volveré a la Tierra.

—¿Con o sin Stella? —preguntó ella maliciosamente.

Al no tener una respuesta volvió a preguntar:

—¿Por qué tanto empeño en regresar a aquel podrido planeta, capitán?

—Quiero rehabilitar mi nombre —respondió él escuetamente.

Bonnie asintió.

—Ahora le comprendo, capitán. Bien, descuide usted; hablaré con Manuel y, a poco que podamos, le echaremos el guante al esbirro.

—No diga nada a los otros, por ahora, Bonnie —rogó Raffrex.

—Lo que usted mande, capitán.

Bonnie se marchó. Raffrex lanzó un profundo suspiro.

Ahora estaba casi seguro de poner la mano encima de Graveau. Le haría hablar y conocería los motivos por los cuales había

estropeado los motores. Él mismo, Graveau, había prometido explicar su actitud. Tendría que cumplir su palabra, pensó.

Por otra parte, se dijo, «Paraíso» no estaba mal como residencia definitiva. Era un planeta todavía no contaminado, en estado completamente de pureza. Una vida maravillosa, al lado de una hermosa mujer… pero a él le seguía gustando la Tierra.

* * *

—¿Tiene usted alguna idea de hacia dónde vamos a dirigir nuestros pasos, capitán? —preguntó Tuckerland a la mañana siguiente.

—Vimos un mar al aterrizar —contestó Raffrex—. Opino que, caso de haber civilización, debe hallarse en sus orillas, como ha sucedido siempre en la Tierra.

—No es mala idea —aprobó Stella.

Luisa se mostró de acuerdo con la sugerencia.

—Nos conviene estirar las piernas —dijo sonriendo.

Raffrex proporcionó un rifle y una pistola a Tuckerland. Luisa se encargó de preparar un par de bolsas con comida y agua. Stella llevaba algunos elementos de cura.

Antes de emprender la marcha, Raffrex se dirigió a la enfermería.

Heidi Ytzmann tenía mejor aspecto, aunque su cara continuaba con la palidez de costumbre, acentuada en este caso a consecuencia de la herida. Al ver a Raffrex hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él.

—Mucho mejor. La intervención de Stella ha resultado decisiva.

—Curará en pocos días, Heidi —aseguró Raffrex—. Pronto no le quedará sino un mal recuerdo de la acción de un loco.

—Quizá no lo estaba tanto —contestó Heidi—. Yo también pienso quedarme aquí, capitán.

—Sola no, ¿verdad?

Heidi se ruborizó.

—Empiezo a creer de nuevo en la bondad humana —dijo—. Pero Rado y yo deseamos iniciar una nueva vida, absolutamente distinta de la que sería en la Tierra.

—Tendrán que arrostrar muchas dificultades y olvidar las

comodidades a que están acostumbrados.

—Lo soportaremos todo, pero no volveremos jamás a la Tierra.

Raffrex sonrió comprensivamente.

—Le aseguro que no haré nada para evitar su deserción y la de Rado, Heidi —tomó con su mano la de la joven—. Ambos se merecen ser muy felices.

—Gracias, capitán. ¿Se quedará usted también?

—No. A mí me sigue gustando la Tierra, pese a todos sus defectos. Haré todos los posibles por regresar.

—¿A pesar de la avería?

Raffrex se estremeció.

—El que la provocó se encargará de repararla —contestó.

Capítulo XII

Caminaban en fila india.

Raffrex iba en cabeza, con el rifle en las manos; le seguían las dos mujeres y Tuckerland marchaba en retaguardia.

El país parecía enormemente fértil.

—Bastará arañar la tierra para sembrar y que crezcan las cosechas con una facilidad sorprendente —opinó Luisa.

Raffrex asintió. Tuckerland dijo:

—«Paraíso» está como estuvo nuestro planeta en tiempo, antes de la aparición del hombre. Ahora hemos llegado nosotros y lo poblaremos.

—¿También se quedará aquí, Jess? —preguntó Raffrex.

—Depende de lo que piense Luisa, capitán.

—Estoy de acuerdo contigo, Jess —manifestó la interpelada.

—¿Y usted, Stella?

—Todavía no he llegado a una decisión, Ben —contestó la doctora.

—Hay tiempo, ¿no cree?

—Sí, tiempo es lo que no nos falta aquí —contestó Stella.

Raffrex se detuvo de pronto.

—¿Qué sucede? —preguntó Tuckerland.

—Ese árbol —contestó el joven—. Fíjense en su aspecto. Tiene las hojas lanceoladas y con el envés ligeramente enrojecido. Además es enorme.

—Uno más de los que hay por aquí, ¿no?

—Hasta cierto punto, Tuckerland. El árbol de donde salió la serpiente que atacó a Carleton tenía este mismo aspecto.

Stella lanzó una exclamación de horror.

—Todavía me estremezco al recordarlo —dijo. Raffrex estudió el panorama circundante y halló que se veían escasos ejemplares de aquella clase de árboles. Una serpiente, delgada como el meñique, pero de quince o veinte metros de longitud, empezó a deslizarse a lo largo de una rama, enroscándose en tomo a la misma.

—Ha advertido la proximidad de alguna pieza —dijo Raffrex.

—¿Nosotros? —preguntó Luisa.

Raffrex levantó la mano.

Crujieron unos ramajes. Súbitamente, un animal parecido a un perro apareció en las inmediaciones del árbol.

El cuadrúpedo se detuvo, mirando a los intrusos. Stella apoyó una mano en el brazo de Raffrex.

—No deje que esa horrible serpiente lo ataque —pidió.

—Debiera permitirlo —contestó él—. Entre los animales existe lo que se llama ley de supervivencia, que permite el equilibrio de las especies. Y, si ese perro ha nacido aquí, debe poseer la suficiente experiencia o instinto para no acercarse a un árbol que sabe es peligroso para él.

La serpiente empezó a descolgarse. El animal parecido al can la olfateó de repente y lanzó un aullido, a la vez que escapaba a la carrera.

—Por lo visto —comentó Tuckerland—, esos reptiles viven solamente en esa clase de árboles.

—Lo cual deberán tener ustedes en cuenta para el momento en que instalen su campamento aquí —contestó Raffrex—. Sigamos.

Dieron un rodeo para evitar el árbol, al cual acordaron dar el nombre de «serpentario» y continuaron su camino.

A mediodía hicieron un alto para reponer fuerzas. El mar se divisaba ya relativamente próximo, aunque no se advertían todavía señales de vida inteligente.

Después de descansar, reanudaron la marcha. La vegetación, a veces, era tan espesa, que dificultaba considerablemente su camino y retrasaba su avance. De cuando en cuando, se encontraban con animales extraños, pero, contra lo que creían, su conformación no era demasiado diferente de la de los terrestres.

—Y todos tienen cuatro patas —dijo Stella—. Nada de octópodos mamíferos ni otras fantasías por el estilo.

—Los pájaros son pájaros —añadió Luisa.

—Tendré que matar uno para ver qué tal gusto tiene su carne una vez asada —apuntó Tuckerland.

De repente, Stella lanzó un pequeño grito y cayó al suelo cuan larga era.

—¡Qué tonta soy! —dijo—. No vi esa piedra, tropecé y…

Raffrex se apresuró a darle la mano para ayudarla a incorporarse. Luego, de manera casual, se fijó en la piedra.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo de la cabeza a los pies. Stella se dio cuenta de que algo le sucedía y se alarmó.

—¡Ben! ¿Qué pasa? —exclamó.

Raffrex señaló la piedra con la mano.

—Mírela —contestó—. ¿Es que no lo ve? ¿Cree, acaso, que la acción de la naturaleza produce piedras labradas a escoplo?

Tuckerland lanzó una exclamación y se arrodilló junto a la piedra, separando los hierbajos que casi la ocultaban por completo. La forma absolutamente regular de la piedra, un paralelepípedo de unos setenta centímetros de longitud por la mitad de anchura y unos veinticinco centímetros de grosor les indicó que aquel trozo de mineral debía su forma a la mano de un ser inteligente.

—¿Estará habitado «Paraíso»? —preguntó Stella a media voz.

De pronto, sonó un grito.

—¡Miren! ¡Vengan corriendo!

Raffrex, Stella y Tuckerland volvieron la cabeza al mismo tiempo. Luisa se hallaba a unos treinta pasos de distancia, señalando con la mano algo que no podían divisar desde el lugar en que se hallaban.

Corrieron hacia donde se encontraba Luisa. Entonces alcanzaron el borde de una enorme falla, de unos doscientos metros de profundidad, que iniciaba un extensísimo valle.

El espectáculo que vieron les dejó sin respiración.

—Una ciudad —murmuró Stella, maravillada—. Una ciudad enorme, gigantesca…

—Pero muerta —declaró Raffrex tajantemente—. No hay en ella el menor signo de vida.

* * *

La ciudad era extensísima, de calles perfectamente alineadas y

que se cruzaban perpendicularmente con las transversales. Muchos de los edificios estaban cubiertos de follaje y otros aparecían en ruinas. Las calles, sin embargo, estaban relativamente despejadas.

Los pasos de los terrestres sonaron fuertemente sobre el pavimento de grandes losas de algo que parecía cemento de piedra. No se veía el menor rastro de seres humanos ni tampoco de artefactos o utensilios construidos por los habitantes de aquella ciudad.

—Se prolonga hasta las proximidades del mar —dijo Luisa, al avistar una amplísima avenida, a cuyo término se divisaba el océano.

—Lo cual corrobora lo que dijimos antes: de haber civilización, estará en las inmediaciones del mar —dijo Raffrex.

—Hubo civilización. Ahora ya no quedan más que ruinas —habló Tuckerland.

—¿Y los habitantes? ¿Dónde están sus rastros? —preguntó Luisa.

—Convertidos en polvo. Hace cientos de años que desaparecieron —contestó Raffrex.

—Debieron de ser muy civilizados —opinó Stella.

—Moderadamente civilizados —puntualizó Raffrex—. No se ven restos de máquinas ni los edificios tampoco tienen trazas de modernos. Todos son de piedra, muy bien labrada, es cierto, y son raros los que tienen más de dos pisos.

—Y tampoco hay monumentos excepcionales, lo que significa que el arte no tuvo un gran desarrollo en esta civilización —dijo Luisa.

—A mí me preocupa una cosa —manifestó Stella.

—¿Cuál es? —preguntó Raffrex.

—Resulta obvio que todos los habitantes de esta ciudad murieron. ¿Cuáles fueron las causas? ¿Alguna epidemia?

Tuckerland se estremeció.

—¡Rayos! Algunos gérmenes conservan su potencia durante siglos…

—Estamos inmunizados —dijo Raffrex—. Por ese lado, no hay peligro. Y antes de entrar de nuevo en la «Caronte», pasaremos por la cámara de esterilización.

—¿Radiactividad? —sugirió Luisa.

Raffrex consultó el detector que pendía de su cinturón.

—Las indicaciones son mínimas, tan corrientes como podrían serlo en el punto menos afectado de nuestro planeta —informó—. Probablemente, la ciudad quedó desierta por causas enteramente naturales.

—¿Despoblación? —dijo Stella.

—Vejez, simplemente. Los habitantes de «Paraíso» agotaron todas sus posibilidades. Acaso emigraron a otro planeta; tal vez perecieron en una guerra…

—Pero veríamos restos humanos, de armas…

—Los restos humanos, en mil años, se convierten en polvo —dijo él sentenciosamente.

—Y el viento barre el polvo —expresó Luisa—. Sin embargo, ¿qué pasó con las armas?

—¿Sabemos acaso si hubo guerras? —dijo Tuckerland—. Las especulaciones que hagamos están fuera de lugar; quedan para los arqueólogos que vengan detrás de nosotros. Lo interesante, aunque resulte deprimente, es saber que «Paraíso» está deshabitado.

—¿De veras considera deprimente el que no haya habitantes con inteligencia en «Paraíso»? —inquirió Stella.

Tuckerland no pudo contestar. Un suave zumbido, repetido varias veces, empezó a sonar repentinamente en la mochila que Raffrex llevaba a la espalda.

—¡Nos llaman de la nave! —exclamó el joven.

Se descolgó la mochila y sacó el transmisor portátil, dotado de pantalla televisora. Dio el contacto y dijo:

—Habla Raffrex. Adelante, Bonnie.

—No grite tanto, capitán, o Graveau le va a oír —dijo la cronista—. En estos momentos, le tengo enfocado con mi cámara. ¿Lo ve usted?

La pequeña pantalla de televisión del aparato, de unos veinte centímetros de diagonal, se iluminó en aquel instante.

Una figura humana apareció en la pantalla, caminando cautelosamente a través de uno de los corredores de la nave, en dirección a la cabina de mando. De pronto, se volvió a medias, como si quisiera comprobar que nadie le seguía.

Bonnie manejó el foco de aproximación y el rostro del individuo apareció con todos sus rasgos, aunque de perfil. Raffrex se sintió pasmado al reconocerle.

—¡Es Graveau, el auténtico Graveau! —exclamó.

—En efecto, capitán —confirmó Bonnie—. Tiene que ser él, porque Manuel y Karnec están a mi lado, observando, como yo, los movimientos de ese canalla.

Capítulo XIII

La cámara de televisión se movió. Bonnie seguía los pasos de Graveau. Se detuvo en el umbral de la puerta de la cabina y el objetivo captó la imagen del coronel, inclinado sobre el cuadro de mandos.

Benátez y Karnec aparecieron de pronto en imagen, ambos armados con sendas pistolas eléctricas. Bonnie proyectaba la escena sin perder detalle.

—Graveau —dijo Benátez.

El coronel se volvió al oír su nombre.

Una expresión de inmensa sorpresa apareció en su rostro.

—Dese preso —le intimó Karnec.

—Soy el coronel...

—Actuamos por delegación del comandante de la nave, único que tiene autoridad a bordo —dijo Benátez con dureza—. Levante las manos o juro que lo convierto en carbón.

Graveau obedeció. Bonnie dijo:

—Ya es nuestro, capitán. ¿Qué hacemos con él?

—Enciérrenlo hasta nuestro regreso —ordenó Raffrex—. Regístrenlo cuidadosamente y vigílenlo con todo cuidado. A mi vuelta le interrogaré en persona.

—Bien, capitán. Manuel, hay que registrar a ese tipo.

—Sí, querida.

—Lo pagarán caro —amenazó Graveau, lívido de rabia.

—En su lugar, yo procuraría cuidar de mi propio pellejo, antes que buscar el modo de arrancárselo a otros —contestó Karnec—. Póngase de cara a la pared y no se mueva. Voy a registrarle y, si hace un gesto sospechoso, lo mataré sin sentir el menor

remordimiento.

Graveau obedeció. Mientras Benátez encañonaba a Graveau con su pistola, Karnec le hizo un detenido registro.

—Hay camarotes de sobra —dijo Benátez al terminar la operación.

—Ya tengo ganas de que llegue el capitán —suspiró Bonnie.

—Estamos a varias horas de marcha —manifestó Raffrex—. Tardaremos bastante en regresar.

—No importa. Aquí les esperaremos. ¿Algo más, capitán?

—Nada, gracias, salvo que no se descuiden con Graveau.

—Lo tendremos en cuenta. Corto, capitán.

—Terminado, Bonnie.

Raffrex cerró la transmisión y miró a sus compañeros.

—¿Qué les parece? —exclamó—. Graveau estaba a bordo.

—Estuvo desde el primer momento —dijo Stella.

—Sí, pero ¿cómo entró en la nave?

—Hay escotillas supletorias. Nosotros estábamos ya a bordo y él pudo utilizar una cualquiera, sin que nos diéramos cuenta de que embarcaba un polizón —explicó Raffrex.

—Y todo este tiempo permaneció escondido —murmuró Tuckerland pensativamente—. Se necesita estar poseído por el fanatismo del cumplimiento del deber para hacer una cosa semejante. ¿Dónde se escondió, capitán?

Raffrex se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Él lo aclarará, sin duda, cuando volvamos a la nave —respondió.

Paseó la mirada por la ciudad muerta.

—La exploración arqueológica quedará para más adelante —añadió.

Tuckerland se ajustó su mochila a la espalda.

—Capitán, cuanto antes iniciemos el regreso, será mejor para todos —contestó.

—De acuerdo.

Era ya de noche cuando avistaron la nave, brillantemente iluminada interior y exteriormente. Raffrex fue el primero en cruzar la escotilla de entrada.

Los demás le siguieron a continuación. Apenas habían llegado a la plataforma del primer piso, oyeron una voz de tonos sarcásticos:

—Bienvenidos a bordo, capitán Raffrex y compañeros, bien venidos a bordo.

Raffrex giró en redondo.

Stella lanzó una exclamación de asombro.

Graveau apareció por una puerta cercana, seguido de cuatro guardias armados, cuyo aspecto no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones, caso de que los tripulantes de la astronave intentasen ofrecer resistencia.

Raffrex lanzó un suspiro y levantó las manos.

—Me rindo —dijo lacónicamente.

Graveau sonrió con expresión burlona.

—Así me gusta, capitán —dijo—. No hay cosa más agradable que encontrarse con personas sensatas y dispuestas a cooperar en todo momento.

* * *

Graveau extendió una mano y dijo:

—Siéntese, capitán.

Los dos guardias que le habían acompañado hasta allí permanecían junto al umbral. Graveau hizo un gesto con la mano y los despidió.

—Permanezcan junto a la puerta —ordenó.

Los dos hombres quedaron a solas. Graveau miró a Raffrex y sonrió.

—¿Le extraña que haya conseguido hacerme de nuevo con el mando de la nave?

—Me intriga cómo lo consiguió, después de haber sido hecho prisionero —dijo Raffrex.

—Oh, fue muy sencillo. Se olvidaron de los conductos de aireación. Quité la rejilla de la embocadura del que daba a mi encierro y escapé por allí, en busca de mis fieles ayudantes. Tengo seis, ¿sabe?

—Un número adecuado, coronel —contestó el joven—. ¿Dónde están mis compañeros?

—En lugar seguro, no tema por ellos.

—Pueden hacer lo mismo que usted.

—Ya me he ocupado de ese detalle. No saldrán de su encierro, a

menos que yo lo desee.

—Así me quedo tranquilo —dijo Raffrex irónicamente—. Y ahora, ¿cuáles son sus intenciones?

—Dejarles a todos aquí y volver a la Tierra con la nave.

—Está averiada.

—El que provoca una avería puede repararla, ¿no cree?

—Siendo así, no hay más que hablar. Pero ¿qué persigue usted con estas acciones?

—¿Es que no se ha dado cuenta todavía de ello, capitán?

Hubo una momentánea pausa de silencio.

Raffrex trataba de penetrar en la mente de Graveau sin conseguirlo. Su forma de actuar y sus motivos continuaban siendo incomprensibles para él.

—Pues no —confesó al cabo—, no lo entiendo.

—Ustedes se quedarán aquí —respondió Graveau—. Son cuatro parejas, ocho personas, emparejadas además por afinidades y gustos similares, de modo que ciertos problemas no existirán para ustedes. Teniendo en cuenta que «Paraíso» está desierto, el resto se comprende fácilmente.

—Y usted regresará a la Tierra.

—Sí.

Una chispa de luz explotó de pronto en el cerebro de Raffrex.

—Y se atribuirá la gloria de ser el primer hombre que ha pasado la barrera lumínica —exclamó.

—Justamente, capitán.

De nuevo hubo otra pausa.

Luego Raffrex dijo:

—Coronel, ¿cree que la gloria que recibirá vale los sacrificios que usted ha hecho?

—Yo lo creo así y es suficiente —declaró Graveau con arrogancia.

—Entonces se sirvió de nosotros para llegar hasta aquí.

—Justamente. Necesitaba una buena tripulación, aunque ya contaba con un determinado porcentaje de bajas por diferentes motivos. Ustedes sirvieron a mi plan admirablemente.

—Permitió que Willings y Kalami muriesen.

—Eran dos forajidos. Y su ejemplo sirvió para cortar posteriores deserciones.

—No pasó así en el caso de Hramgar y Carleton.

—Yo me refería a deserciones ejecutadas antes de abandonar el Sistema Solar, capitán.

—Entiendo. Bueno, ya estamos aquí. Pero he venido con más ayudantes. Se sabrá que usted no ha hecho nada...

Graveau sonreía burlonamente.

—Ustedes se quedarán aquí y no podrán contradecirme. Nadie sabe que están en «Paraíso», salvo los miembros del tribunal. Es decir, lo sabían, porque han muerto ya.

Raffrex se estremeció.

—¿Cómo...? —murmuró.

—Un vulgar accidente de tránsito. Lamentable —Graveau fingía pesar—. Sí, verdaderamente lamentable.

—Pero todavía quedan seis hombres para declarar la verdad —alegó Raffrex.

—Es cosa que no tiene importancia. Están acondicionados mentalmente, capitán. Dirán lo que yo quiera que digan..., si viven a la vuelta.

Raffrex se sintió espantado.

Aquel hombre estaba loco, pensó.

Era un demente, poseído por una idea fija: alcanzar la gloria de ser el primero, públicamente, en regresar de un viaje a las estrellas, más allá del sistema solar.

Y por satisfacer su vanidad, era capaz de los mayores crímenes.

—Nosotros sobreviviremos —dijo al cabo de unos instantes—. Contaremos la historia a nuestros hijos y éstos a los suyos. Dentro de un siglo, dos, tres, se conocerá la verdad. Su mito quedará destruido, coronel Gravean.

—«Paraíso» quedará borrado de la grabación del rumbo primitivo —contestó el coronel—. Es decir, quedará borrada esta escala. En los informes constará como «planeta inhabitable». Nadie vendrá jamás aquí, capitán. Y ¿no se alegra de que les deje con vida?

—Todavía tendremos que darle las gracias —dijo Raffrex sarcásticamente.

—Lo hago con sumo placer, capitán.

—Pero cuando vuelva a la Tierra se encontrará con un grave inconveniente para alcanzar sus propósitos.

Graveau levantó las cejas.

—¿Capitán?

—Se llama Karlovy.

—Me tiene un poco preocupado, en efecto —convino Graveau—. Le busqué antes de la partida, pero no pude encontrarle. De todas formas, es un problema fácil de solventar. Karlovy, en efecto, construyó los motores y éstos fueron acoplados a la nave, pero ignoraba quiénes formarían parte de la tripulación.

—Debía de saber que usted se quedaba en tierra.

—Tal vez, pero si yo digo que fui… y regreso en esta misma nave, ¿quién podrá contradecirme?

—Todavía queda otro inconveniente, coronel.

—¿Cuál, capitán?

—Le exigirán pruebas de su viaje. No se puede aceptar un informe como el que va a dar sin más ni más, sin presentar alguna prueba de que ha encontrado mundos habitables más allá del Sistema Solar.

Graveau sonrió.

—Usted hizo el viaje en una sola etapa. Yo puedo hacer el de vuelta en varias. No tengo prisa, créame; y le aseguro que encontraré muchos más sistemas estelares análogos a éste. A fin de cuentas, explorar el universo no es una labor que me desagrade del todo.

—Tiene usted respuesta para todo, coronel.

—Porque lo planeé todo cuidadosamente antes de partir de la Tierra —declaró Graveau orgullosamente—. Nada puede fallarme, capitán, créame, y nada me fallará, se lo aseguro.

* * *

—Afirma que nada le fallará —repitió Raffrex, una vez hubo concluido el relato de su entrevista con Graveau.

—Y nosotros nos quedaremos en «Paraíso» —murmuró Stella.

—¿Lo sientes tú, Jess? —preguntó Luisa a Tuckerland.

—No, en absoluto, si ese bandido nos respeta la vida —contestó el aludido.

—A mí me parece de perlas —exclamó Bonnie—. ¿Qué dices tú, Manuel?

—Espléndido, Bonnie.

Karnec y Heidi no dijeron nada.

Estaban en la enfermería, ella todavía encamada y Karnec cuidándola devotamente, sin abandonarla un solo instante.

Raffrex suspiró.

—Tendré que abandonar la idea de mi rehabilitación —dijo.

—A usted le acusaron de un mal aterrizaje, en el que hubo muchas víctimas —dijo Tuckerland.

—El error no fue mío, pero yo era el comandante de la nave. Se debió a un fallo instrumental. La compañía constructora de los instrumentos es muy poderosa. Intrigó, luchó y sobornó cuanto pudo para contrarrestar la propaganda negativa que le hubiera supuesto el esclarecimiento de los hechos.

—Consecuencia, pagó el más débil —dijo Bonnie.

—Así fue, pero yo pienso seguir luchando…

—¿Cómo? —dijo Stella amargamente—. ¿Desde «Paraíso», a más de quinientos años luz de la Tierra?

Raffrex calló.

Stella tenía razón. Desde «Paraíso» no podría rehabilitarse.

Y, bien mirado, ¿valía la pena el esfuerzo?

Capítulo XIV

La puerta del encierro se abrió. Graveau, escoltado por cuatro de sus guardias armados, apareció ante los prisioneros.

—Ha llegado el momento —dijo.

—¿Se marcha ya, coronel? —preguntó Raffrex.

—En cuanto les haya desembarcado a ustedes. Por cierto, les he dejado ya afuera cierta cantidad de provisiones y equipo para que la vida les resulte menos incómoda durante los primeros tiempos.

—Armas, no, por supuesto.

Graveau sonrió.

—Pues, sí, capitán; les he dejado también armas, aunque las municiones están escondidas. Oh, las encontrarán, desde luego, pero cuando yo me haya marchado.

Extendió la mano.

—Las damas primero —dijo, invitándoles a salir.

Momentos después, estaban todos en el exterior.

Raffrex divisó a Heidi en una camilla, sin duda sacada por los otros dos guardias. Karnec estaba junto a la muchacha.

—También he dejado un buen equipo médico —dijo Graveau, cuando Stella pasaba por su lado.

A cien metros de la nave, vieron un gran montón de bultos y paquetes. Raffrex suspiró.

—Creo que no se vivirá aquí tan mal como pensamos —dijo.

—Sobre todo, si tenemos comprensión y nos ayudamos mutuamente —contestó Stella.

Se acercó a Heidi y tomó su mano.

—Curarás pronto —dijo, sonriendo.

Heidi sonrió también.

—No me importa quedarme aquí —respondió—. Rado estará a mi lado.

—Serás feliz con él —auguró la doctora.

Luego se acercó a Raffrex.

—Creo que somos los únicos desparejados —dijo.

—En tal caso, el remedio es sencillo, ¿no te parece? —contestó él, cogiéndola de la mano.

Stella se sintió muy consolada al notar el contacto de la mano masculina. Sí, la vida sería más feliz con Ben a su lado.

Desde el umbral de la escotilla, Graveau agitó su mano burlonamente.

—¡Adiós a todos! ¡Aquí les dejo, en su paraíso particular!

Momentos después, había desaparecido de la vista de los desembarcados.

Transcurrieron algunos minutos. La nave continuaba inmóvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Benátez—. ¿Por qué no despega?

—Cuesta un poco —opinó Bonnie.

—No —contradijo Raffrex—. Tenía que haber despegado ya.

—La «Caronte» no levantará el vuelo —manifestó Tuckerland en aquel momento.

Raffrex se volvió hacia el hombre, sorprendido por sus palabras.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Un grito atrajo la atención de todos.

—¡Capitán Raffrex!

Era Graveau. Lívido de ira, había saltado al suelo y se acercaba al grupo, seguido de sus guardias.

—¿Qué diablos le pasa ahora? —masculló Benátez.

Graveau llegó junto al grupo.

—La nave no despega —exclamó furiosamente—. Raffrex, le exijo que me diga lo que sucede.

El joven se encogió de hombros.

—Estoy tan ignorante como usted, coronel —respondió—. ¿No dijo que el que causa una avería la puede arreglar? ¿Por qué no lo ha hecho?

—¿Me toma por tonto? ¡Claro que he reparado esa avería! Pero, a pesar de todo, los motores no funcionan.

—Difícilmente funcionarán mientras no se repare la segunda avería —habló Tuckerland reposadamente.

Graveau se volvió hacia el individuo.

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó malhumoradamente.

—Usted originó una avería y la ha reparado. Pero yo he causado otra y no conseguirá repararla en todos los días de su vida, porque su reparación supera a los conocimientos que usted posee sobre el particular.

El coronel se quedó atónito.

—Pero… ¿cómo puede decir tal cosa? ¿Cómo lo sabe usted?

—Muy sencillo, coronel. Yo soy Karlovy.

* * *

Las palabras del individuo produjeron en los presentes el efecto del estallido de una bomba. Aquello explicaba muchas cosas, pensó Raffrex.

Hubo una pausa de silencio aplastante después de la sensacional declaración del que todos habían conocido como Tuckerland hasta aquel momento. Al cabo de unos momentos, Graveau tartamudeó:

—¿Us… usted es… es Karlovy?

—En efecto, coronel —corroboró el aludido.

—¡Pero yo conozco a Karlovy! Su cara…

—Cirugía estética, coronel.

—No entiendo. ¿Por qué lo hizo?

—Por usted, coronel. Yo quería viajar en esta nave y usted me lo prohibió, alegando causas que no me convencieron. Cada vez que nos entrevistábamos le conocía un poco más. Así supe de su ambición y de su falta de escrúpulos. Y como me sentía culpable de los fracasos anteriores, quería probar mis motores por mí mismo… y triunfar o perecer en el empeño.

—Había un Tuckerland condenado por homicidio…

Karlovy sonrió.

—¿Sólo usted sabe preparar ficciones, coronel?

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Repentinamente, Graveau dio una orden:

—Llévenlo a la nave. Haré que repare la avería, aunque tenga que obligarlo arrancándole el pellejo a tiras.

Karlovy no se inmutó. Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—Aunque me obligue, no llegará vivo a la Tierra, coronel. Está usted empapado de radiactividad hasta el tuétano de los huesos.

La cajita empezó a chirriar.

—Es un detector Geiger —aclaró Karlovy, paseando el instrumento por el pecho de Graveau—. ¿Oye usted sus chirridos? ¿Sabe lo que significa esto? Permaneció demasiado tiempo cerca de los sistemas de impulsión estelar y esto le ha sido fatal, coronel.

Los labios de Graveau temblaron.

—Pero…, pero habrá un medio de sobrevivir. ¡Doctora! —chilló en demanda de socorro.

Stella meneó la cabeza.

—Las indicaciones del Geiger son concluyentes, coronel —dijo, en tono que no admitía lugar a dudas.

—Voy a morir —sollozó Graveau, perdida la moral—. No quiero, no quiero…

De repente, pareció enloquecer.

—¡No quiero morir! —aulló.

Y echó a correr hacia el bosque, emitiendo alaridos demenciales.

Raffrex quiso lanzarse tras él, pero Karlovy le detuvo por un brazo.

—No. Déjelo. Es su destino —dijo.

Graveau había perdido la razón por completo. De pronto, al pasar bajo un árbol, dos cuerdas verdosas salieron disparadas y le agarraron por el cuello.

Stella volvió la vista. No quería presenciar el fin de un malvado.

Graveau desapareció bien pronto de la vista de todos los presentes. Entonces Raffrex recordó algo.

Volviéndose hacia los guardias, dijo:

—Ahora soy yo vuestro comandante. Tenéis la obligación de acatar mis órdenes en todo momento. ¡Tirad las armas al suelo!

Seis rifles y seis pistolas eléctricas cayeron sobre la hierba. Bonnie exhaló un suspiro de alivio.

—Aquí se acaba la historia —dijo.

Luisa, en cambio, parecía muy triste.

—¿Te marcharás? —preguntó a Karlovy.

El profesor sonrió.

—No. Yo también estoy un poco harto de la Tierra. Este planeta me gusta. Me quedaré aquí, a tu lado —dijo, a la vez que le pasaba

las manos por los hombros—. ¡Hay tantas cosas por hacer!

—Entre ellas, y en primer lugar, reparar la avería —dijo Raffrex —. Yo sí quiero volver a la Tierra.

Miró a Stella. La doctora meneó la cabeza.

—Ellos me necesitarán —dijo.

Raffrex apretó los labios, pero no habló, Karlovy tiró el detector a un lado.

—Ya no sirve para nada —manifestó.

—Puede serles útil... —opinó Raffrex.

Karlovy se echó a reír.

—Sólo era un zumbador tipo chicharra conectado a una pila eléctrica —dijo—. No hay radiactividad alguna en mis impulsores.

—¡Vaya, qué tipo más astuto! —comentó Bonnie jocosamente—. Ten cuidado con él, Luisa.

La hermana de Benátez se sonrojó.

—No creo que conmigo haga trampas —dijo.

—De eso puedes estar segura —declaró Karlovy—. ¿Vamos, capitán?

Raffrex miró a Stella una vez.

Ella se mantuvo impasible. Su decisión era firme. Resignándose a lo inevitable, Raffrex caminó hacia la nave.

* * *

Raffrex abrió la escotilla y miró asombrado a su alrededor.

¿«Aquello» era un astropuerto?

¿Era el mismo lugar del que habían zarpado semanas antes?

La hierba cubría la mayor parte de las pistas encementadas. Las construcciones auxiliares estaban en ruinas, abandonadas, totalmente en desuso.

¿Qué clase de catástrofe se había abatido sobre el planeta?

Pero ¿estaba seguro de que se había producido una catástrofe?

Durante su vuelo de aproximación suborbital, había visto cientos de ciudades brillantemente iluminadas. Por fin, había localizado el astropuerto de partida y hacía él había encaminado la nave.

Saltó al suelo. Los seis guardias de Graveau se escabulleron cada uno por su lado, pero él no les hizo el menor caso.

Muy a lo lejos; casi en el horizonte, divisó el resplandor de una

ciudad. Resignándose a lo inevitable, empezó a caminar.

* * *

—Soy el capitán Raffrex, comandante de la astronave «Caronte», en vuelo de regreso del primer viaje interestelar.

El funcionario del Ministerio de Astronáutica que le había recibido, contempló con cierta desgana a su visitante.

—¿Raffrex? ¡Hum! Ese nombre me suena... me suena...

—Éramos doce y volábamos según los sistemas de impulsión Karlovy —explicó el joven.

—Karlovy —repitió el funcionario—. Ah, sí, un procedimiento ya en desuso, pero muy útil en los primeros tiempos de la navegación interestelar. Ahora ya no usamos esos artefactos, capitán.

Raffrex se quedó de piedra.

—Pero si no hace siquiera un mes que zarpamos de la Tierra...

—Espere un momento, capitán.

El joven empezó a pensar.

Los edificios de la ciudad eran todos muy distintos de los que él conocía. Incluso su emplazamiento había sido cambiado.

La indumentaria de sus habitantes tenía otro corte. Incluso los medios de transporte, la decoración, el ambiente... todo, todo había cambiado.

El funcionario sacó un viejo legajo y lo abrió.

—Ah, sí, aquí se habla de la «Caronte»... pero eso ocurrió hace trescientos setenta y dos años —dijo, como si hablase consigo mismo.

Raffrex sintió que todo le daba vueltas.

—¡Trescientos setenta y dos años! —repitió.

—Justamente, capitán. La «Caronte» era un ingenio notabilísimo para su tiempo. Debemos reconocer que sus sistemas de impulsión son, en el fondo, las bases de los que se emplean actualmente, pero carece del equilibrador temporal. ¿Sabe usted lo que es eso, capitán?

Raffrex meneó la cabeza.

—No tengo la menor idea, señor —contestó.

—Bueno, ustedes se marcharon hace casi cuatro siglos. En su

nave, el tiempo transcurrió normalmente, pero aquí han pasado trescientos setenta y dos años. Nuestras naves, sobre ser aún más rápidas, tienen montado el dispositivo que equipara los dos tiempos: el terrestre con el de la astronave en vuelo. Por tanto, si ésta permanece ausente durante un año, al volver a la Tierra, sólo ha transcurrido un año. Pero en su caso...

—Una pregunta, señor —interrumpió Raffrex la explicación que le estaban dando.

—Diga, capitán.

—Nosotros aterrizamos en un planeta. Si yo vuelvo a ese planeta, ¿cuánto tardaré? ¿Cuatro siglos... o el mismo tiempo que empleé en el viaje de ida?

—El mismo tiempo, naturalmente. Su nave no sólo viajó a través del espacio, sino del tiempo y usted sigue una trayectoria temporal inmutable en el viaje de ida. Si luego volviese a la Tierra, transcurrido un plazo similar, ya no me encontraría aquí, sino que encontraría a otro funcionario... el que ocupará mi puesto dentro de otros cuatro siglos.

—Gracias, señor; eso es cuanto quería saber —dijo Raffrex.

Giró sobre sus talones y se lanzó hacia la salida.

—¡Eh, capitán! —gritó el funcionario— ¡Vuelva, tengo que preguntarle muchas cosas...!

Pero, de pronto, se calló.

—No puedo retenerle —murmuró—. Sé lo que va a hacer: vuelve a su lugar de procedencia. Si le retuviera, envejecería y moriría en pocos días. Es mejor que se marche.

Raffrex alcanzó su nave al atardecer. Inmediatamente la puso en vuelo.

Stella le esperaba, sus amigos le esperaban.

Había que construir un nuevo mundo en «Paraíso». Su viaje había sido el iniciador de la impulsión terrestre hacia las estrellas.

Era una impulsión que no se detendría jamás. Por lo que a él se refería, ya habían hecho su labor. Los demás harían la suya... ya la estaban haciendo en realidad.

La Tierra quedó atrás rápidamente. Raffrex no lo sentía en absoluto.

Ahora se dirigía hacia su verdadera patria planetaria, la que le daría cobijo a él y a Stella y a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Y éste sería el principio de la impulsión que extendería la raza terrestre por las estrellas de la Galaxia.

FIN

Próximo número:

MAÑANA HABRÁ MARCIANOS

Clark Carrados

No importa el lugar de nacimiento,
en la Tierra o en cualquier otro planeta
habitado de la Galaxia.
Todo ser humano que habita
en Marte será marciano.